

50 Grandes momentos de los Mundiales

Pablo Alejandro Lisotto

ediciones
al arco

*Este libro no hubiera sido posible si no fuera por vos.
Con tu amor, tu paciencia, tu empuje y tu compañía,
todo es más sencillo. Muchas gracias Ine.*

*Tampoco estaría acá escribiendo si no fuera por la generosidad
de Marcos González Cezer y Julio Boccalatte,
quienes volvieron a confiar en mí para este proyecto.
Muchas gracias muchachos.*

*Queridos Lucas y Nicolás, les dedico este libro a ustedes,
que me hacen cada día más feliz.*

Prólogo

Este libro del periodista Pablo Alejandro Lisotto, forma parte de un conjunto de publicaciones que el Ministerio de Educación de la Nación ha seleccionado para estar presente en las aulas durante la disputa del próximo Mundial de Fútbol 2014, a disputarse en la hermana República del Brasil. Esa presencia busca promover el fomento de la lectura crítica y del trabajo en clase con materiales diversos que ponen en valor y discusión ese fenómeno de gran arraigo popular que es el fútbol.

En el libro que aquí presentamos, Lisotto nos brinda, en forma amena, una invaluable colección de historias, menudas algunas, otras más espectaculares, que han sucedido alrededor de este fenómeno de escala mundial, que cada cuatro años concita, cada vez más la atención de públicos masivos y diversos. Nosotros aspiramos a que los estudiantes no sean un auditorio pasivo en esta ocasión y esta es una de las herramientas con las que contamos para que ello no ocurra. En efecto, si el fútbol ha atravesado la historia universal de casi un siglo, ha sido también atravesado por esa historia.

Se han jugado mundiales en situaciones de preguerra, de posguerra, de dictadura y de democracia,

de alza de la economía mundial o de depresiones que llevaron a millones a la miseria y la desesperanza. El deporte muchas veces se convirtió en excusa, atajo o velo encubridor para que los pueblos no tomaran cabal conciencia de su situación. A su vez el deporte es una plataforma de igualación social y una incontrastable fuente de salud para la vida cotidiana de una comunidad. En este volumen, las historias que Lisotto trae a nuestro presente, hablan de todo esto y hablan por supuesto de las peripecias del juego que para muchos es el más hermoso de todos los que el hombre ha inventado.

Esperamos que la lectura de este libro, junto a la de los otros materiales de esta colección, promueva el análisis y discusión en clase de estos y otros aspectos que la disputa del Mundial pueda suscitar en el aula, apuntando siempre a fortalecer la vinculación entre educación y deporte, dos aspectos centrales en la formación ética y ciudadana de nuestros niños y jóvenes.

Alberto Sileoni

Ministro de Educación de la Nación

1

El origen de todo

En 1928, durante los Juegos Olímpicos de Amsterdam, la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociado) concretó un viejo sueño: organizar un torneo profesional entre las federaciones afiliadas.

La propuesta fue aprobada por mayoría (25 a 5) y sólo faltaba definir la sede del primer Mundial.

Se postularon Uruguay, Italia, Hungría, Holanda, España y Suecia. El francés Jules Rimet, el presidente de la FIFA de entonces, inclinó la balanza en favor del país sudamericano, en parte porque en 1930 Uruguay celebraba los 100 años de Independencia, y como reconocimiento al bicampeonato olímpico obtenido en los Juegos de París 1924 y de Amsterdam 1928.

La designación del país oriental causó malestar en el viejo continente, y varios países boicotearon el torneo, negándose a viajar a América, argumentando que el viaje era costoso y la Europa de posguerra no podía permitirse esos lujos. Pero todo era una excusa, porque ni siquiera aceptaron formar parte cuando los uruguayos se ofrecieron a pagar las travesías.

Apenas 13 selecciones formaron parte entonces del primer Mundial de la historia: Argentina, Brasil, Chile, México, Rumania, Bélgica, Estados Unidos, Pa-

raguay, Bolivia, Francia, Perú, Yugoslavia y, por supuesto, Uruguay.

Pese al desprecio de algunos países europeos, el torneo fue todo un éxito. Además, es el único que se disputó en una sola ciudad: Montevideo.

Uruguay debió construir en tiempo récord el estadio principal, llamado Centenario y modernísimo para la época. Pero como las obras no llegaron a terminarse a tiempo, los primeros encuentros se disputaron en la localidad de Pocitos.

Allí fue donde el 13 de julio de 1930, el delantero francés Lucien Laurent se metió para siempre en la historia del incipiente torneo, al convertir nada menos que el primer gol de todos los tiempos. Fue a los 19 minutos del partido que los galos le ganaron a México por 4 a 1.

Uruguay y la Argentina demostraron con el correr de la competencia su clara superioridad, y no fue sorpresa que arribaran al partido decisivo sin sobresaltos. Incluso, ambos golearon 6 a 1 en las semifinales a Yugoslavia y Estados Unidos, respectivamente.

La final se jugó el 30 de julio en el imponente estadio Centenario. Antes del partido, ambos equipos quisieron imponer con qué balón jugar. El árbitro belga Jean Langenus terminó rápido con la discusión y determinó que el primer tiempo se jugase con la pelota “argentina” y el segundo, con la “uruguaya”.

Los locales se pusieron rápido en ventaja con un gol de Dorado a los 12 minutos, pero el conjunto albiceleste remontó el asunto con tantos de Carlos Peucelle y Guillermo Stábile, y así fueron al descanso.

En la etapa final apareció en acción la hoy famosa garra charrúa, y con goles de Pedro Cea, Victoriano Iriarte y Héctor Castro, Uruguay dio vuelta la historia y ganó el encuentro 4 a 2.

La algarabía de los locales contrastaba con la desilusión de los argentinos, que además del subcampeonato tuvieron al goleador del torneo, gracias a las ocho conquistas de Guillermo Stábile.

La historia recién comenzaba...

2

El primero

En la actualidad hay mil maneras de prender un fuego. Sin embargo, seguramente habrá algún cavernícola anónimo que fue el primero en animarse a rozar piedras con maderitas. Lo mismo pasa con el huevo duro. ¿A quién se le ocurrió que podía ser rica la consecuencia de cocinar durante 10 minutos el huevo no fecundado de una gallina? ¿Y quién fue el primer valiente en probarlo?

En el caso del fútbol y propiamente de los mundiales, hubo una persona que marcó el primer gol de la historia de la competencia, y que irremediablemente se metió para siempre en los libros. Su nombre Lucien Laurent, y su nacionalidad, francesa.

Este delantero nacido en la localidad de Saint-Maur-des-Fossés (al sudoeste de París) llegó a Uruguay como jugador de CA Paris, equipo que defendió

durante 10 años en sus casi 25 de profesional.

El 13 de julio de 1930, Francia y México se enfrentaron en la localidad de Pocitos, por la primera jornada del grupo A.

El partido se debió jugar en el Centenario, pero una serie de inoportunas lluvias retrasaron las obras y le permitió al viejo estadio de Peñarol formar parte de la historia. A los 19 minutos de juego, Lucien Laurent se metió para siempre en los libros al anotar el 1 a 0 para los galos. El Mundial tenía su primer gol.

El partido terminó con una fácil goleada para los franceses: 4 a 1.

No conforme con su marca inigualable, Laurent sin quererlo fue por más. En el mismo encuentro, y ante una inesperada lesión del arquero Alex Thepot, Lucien ocupó el lugar de su compañero, como consecuencia de que entonces no estaban permitidas las sustituciones.

Poco después, Juan Carreño anotó para México el 1-3 parcial, y entonces, Laurent también fue el primer “arquero” francés en recibir un gol mundialista.

Más tarde, Laurent integró el ejército francés en la Segunda Guerra Mundial, y en 1942 los alemanes lo tomaron como prisionero, aunque lo liberaron tres años después.

Aquel estadio de Peñarol fue demolido y allí se construyeron varias viviendas. Sin embargo, en la calle Coronel Alegre entre Charrúa y Silvestre Blanco, en el barrio Pocitos de Montevideo, existe un doble monumento que homenajea el arco donde se convirtió ese primer gol de Lucien Laurent y la línea central de la cancha.

3

Ganar o morir

El Mundial del Italia 1934 se disputó en un contexto político bastante complejo, como consecuencia del régimen fascista comandado por Benito Mussolini, que conducía al país anfitrión, y a la vez con el cercano crecimiento de la figura de Adolf Hitler en Alemania. En ese escenario se disputó la segunda Copa del Mundo de la historia.

Mussolini consideró que el éxito deportivo de su selección era una buena manera de hacer política y ponderar al régimen fascista que dominaba a Italia.

Por eso, no dejó nada librado al azar. Sumó a las filas de la azzurra a cuatro argentinos y a un brasileño. Y, por las dudas, amenazó de muerte a los futbolistas. Luis Monti, argentino nacionalizado italiano, resumió tiempo después aquel clima: “Cuatro años antes, en Montevideo, me mataban si ganaba, y en Roma me querían matar si perdía.”

Incluso, en una reunión en apariencia cordial, // *Duce* le dijo a Vittorio Pozzo, entrenador del equipo local: “Usted es el único responsable del éxito, pero que Dios lo ayude si llega a fracasar”, y casi al pasar les recordó a los jugadores que si no ganaban la Copa, sus vidas corrían peligro.

El torneo tuvo un sistema de juego inédito. No hu-

bo fase de grupos, sino que los 16 clasificados comenzaron a eliminarse directamente. La ausencia de Uruguay (que no fue a Italia a defender su corona por estar en desacuerdo con la dictadura de Mussolini), y las prontas eliminaciones de Argentina (2-3 con Suecia) y Brasil (1-3 con España), le allanaron el camino a los locales.

El debut de los locales fue en Roma, y el claro 7 a 1 a Estados Unidos llevó alivio a los jugadores.

En cuartos de final llegó España, que resultó un hueso muy duro de roer. Tanto fue así, que jugaron 120 minutos y no pudieron marcar goles. Entonces, y de acuerdo al reglamento de esa época, debieron enfrentarse de nuevo al día siguiente.

Sin embargo, el juego brusco de los italianos complicó a España, que para la revancha perdió por lesión a su gran arquero Ricardo Zamora y a otros seis titulares.

En el desquite, Italia ganó 1 a 0 con un discutido gol de Giuseppe Meazza, y con un bochornoso arbitraje del suizo René Mercet, que benefició a los locales y perjudicó a los ibéricos. Luego, el juez fue suspendido de por vida, pero la estafa ya se había realizado.

Austria también complicó a la azzurra, que apenas ganó 1 a 0, tal vez como consecuencia del desgaste físico por haber jugado tres partidos en cuatro días.

Sin embargo, el sueño de Mussolini estaba a apenas un escalón de distancia. Sólo faltaba ganarle a Checoslovaquia.

Lejos de imponer su autoridad, la final fue más de lo mismo. Ante 55.000 espectadores que coparon el estadio Nacional de Roma, ninguno de los dos equipos lo-

graba sacarse ventaja. Y el árbitro, el sueco Ivan Eklind, también demostraba jugar para Italia, al no cobrar un claro penal para los visitantes. “No se cobró el penal gracias a que Eklind está colaborando con la causa”, le dijo el dictador a Monti, autor de la infracción.

El checoslovaco Antonín Puc tuvo el coraje de anotar el 1 a 0, a 14 minutos del final del partido. No hay imágenes que puedan determinarlo, pero hubiera sido fabuloso verle la cara a Mussolini en ese instante, viendo como todo el esfuerzo desleal que había hecho para ganar se venía abajo como un castillo de naipes.

Pero apenas cinco minutos después, Raimundo Orsi marcó el 1 a 1 y por primera vez el campeón del mundo se tuvo que conocer en tiempo suplementario. Poco después de iniciado el alargue, Angelo Schiavio anotó el 2 a 1 con el que Italia se coronó campeón, y sus futbolistas salvaron su pellejo.

4

La peor decisión de la historia

“Para ganarles a los italianos no nos hacen falta, los derrotamos con los peores once del plantel...”

El autor de la frase fue Ademir Pimenta, técnico de la selección de Brasil en el Mundial de Francia 1938. El partido ante los italianos era una de las semifinales del torneo, y se refería nada menos que a Leónidas, la máxima figura del equipo sudamericano, a Tim y a Brandao.

Incomprensiblemente, el goleador y dos de las figuras se quedaban afuera del choque trascendental por un inexplicable exceso de confianza de su entrenador.

Lo cierto es que el 16 de junio se enfrentaron, en Marsella, brasileños e italianos. Favoritos y campeones vigentes, cara a cara.

Grande fue la desilusión de Leónidas cuando, en tiempos donde no existían los reemplazos, vio desde la platea como el partido no era tan sencillo como esperaba el iluso de Pimienta, y los europeos aprovecharon al máximo la gran ventaja que resultó no tener al temible delantero enfrente.

Como era de esperar, el partido lo ganó Italia 2 a 1, que después superó por 4 a 2 a Hungría y se convirtió en el primer bicampeón mundialista.

Leónidas, en tanto, debió conformarse con meterle dos tantos más a Suecia, en el partido por el tercer puesto que ganó Brasil 4 a 2, y coronarse goleador, con 7 conquistas. En tanto, Pimienta jamás se perdonó esa desafortunada decisión.

Pero Brasil aprendió la lección, porque de allí en más, las siguientes seis veces que llegó a la semifinal de un Mundial, la ganó.

5

El vuelo de la muerte

Italia era una de las grandes candidatas a ganar el Mundial de Brasil 1950, gracias a que su selección

estaba integrada en su gran mayoría por jugadores del Torino (10 de sus 11 titulares eran de la “squadra granata”), un equipo que ganó cinco títulos consecutivos y marcó una época en el calcio.

Sin embargo, una tragedia no sólo postergó los sueños de la *azzurra* y le puso un abrupto punto final a aquel super equipo del Torino, sino que cambió el destino de un Mundial que bien pudo haber tenido otro desenlace.

El 4 de mayo de 1949, poco después de un amistoso en Lisboa, Portugal, ante Benfica, el plantel de Torino emprendió el regreso a casa en un avión Fiat G.212 CP de la Avio Linee Italiane.

Como consecuencia de la intensa niebla, la nave se estrelló contra uno de los murallones de la Basílica de Superga, en las afueras de Turín.

En el tremendo accidente murieron 31 personas, incluidos 18 futbolistas de aquel gran equipo turinés, popularmente conocido como Il Grande Torino.

La tragedia trascendió las fronteras de Italia, y los homenajes y reconocimientos no tardaron en llegar. Cuando sus rivales debían enfrentar al Torino, presentaron formaciones juveniles, y el equipo fue proclamado campeón.

Incluso River Plate se sumó a los homenajes a las víctimas, disputando un amistoso el 26 de mayo de 1949 contra un combinado de la Serie A llamado Torino Simbolo. En agradecimiento, años más tarde el equipo de Turín estrenó una camiseta alternativa blanca con una banda roja. *Los millonarios* usaron durante la década

da de 1950 una casaca similar a la que usa Torino.

Una de las consecuencias del impacto que provocó la tragedia en la sociedad italiana, fue que la selección azzurra viajó en barco a Brasil para disputar el Mundial de 1950.

Como suele pasar en casi todos los desastres aéreos, hubo protagonistas que se salvaron de milagro. En este caso, ese fue Sauro Tomá, que como tenía el menisco izquierdo lesionado, no viajó a Portugal.

El paso de Italia por el Mundial de Brasil de 1950 fue pobre. Y luego de una derrota 3 a 2 ante Suecia y una victoria 2 a 0 frente a Paraguay, no logró acceder a la fase final y se volvió a casa.

6

El gran golpe

Inglaterra siempre se autoproclamó como el país creador del fútbol. La pelea entre historiadores seguirá por siempre para determinar si eso es verdad o no, pero lo que sí es cierto es que los británicos son una pieza clave dentro de la evolución de este deporte.

Al margen de eso, lo que resultó inaceptable es que la soberbia de ese país europeo lo lleve a negarse a participar de los primeros Mundiales de fútbol, por considerar inaceptable que no se la considere como sede para los primeros torneos.

Ante el crecimiento indiscutible de la Copa del

Mundo, los ingleses debieron bajar la cabeza e ingresar al torneo.

El debut se dio en el Mundial de Brasil de 1950, donde llegó como una de las selecciones favoritas a ganar el torneo.

Estados Unidos era un equipo cuasi amateur. En su plantel había personajes de película, como su arquero, Frank Borghi, que trabajaba como chofer en una empresa de servicios fúnebres. “Con que no nos hagan más de cinco o seis goles soy feliz”, declaró en la previa del choque con Inglaterra el simpático arquero yanqui.

Grande fue la sorpresa cuando el 29 de junio, en el Estadio Independencia de Belo Horizonte, Inglaterra perdió ante Estados Unidos, un equipo a priori inferior. ¿El resultado? 1 a 0, con gol de Joe Gaetjens, un delantero de origen haitiano que ni siquiera se había nacionalizado. Incluso, pese a sufrir en los primeros minutos, los americanos dominaron las acciones del juego en la segunda etapa, justificando la hazaña.

Pocos creían que el resultado era cierto. Al punto que el diario The New York Times recién cerró su edición cuando tuvo recontra chequeada esa información. Y la agencia Reuters fue más allá e, imaginando un error de tipeo, lanzó su envío con el título Inglaterra 10 - Estados Unidos 1.

Para los medios británicos, aquella fue la peor humillación deportiva de la selección inglesa, y el árbitro italiano Generoso Dattilo declaró: “Si no fuera porque lo dirigí yo, no lo creería”.

El pobre Gaetjens, héroe de aquella tarde involvi-

dable, fue capturado y encarcelado a comienzos de julio de 1964 por la dictadura haitiana y, presuntamente, fue ejecutado unos pocos días después. Desde 1976, una placa en el Hall de la Fama de la selección estadounidense lo recuerda y homenaja.

7

El Maracanazo

Apenas pasaron unos segundos de las seis de la tarde del 16 de julio de 1950 en Río de Janeiro. En el estadio Maracaná se disputa el partido decisivo del cuarto Mundial de la historia. El primero después de 12 años del parate obligado por la Segunda Guerra Mundial, y el segundo disputado en tierras sudamericanas.

Hace unos instantes comenzó el segundo tiempo entre Brasil y Uruguay, y ahora la pelota descansa en la red del arco defendido por Roque Máspoli. Albino Friça acaba de abrir la cuenta para los locales y el Maracaná es un hervidero: las 173.850 almas lo gritan con toda la furia. Celebran por anticipado. Brasil, que con el empate se garantiza la Copa (por culpa de un extraño, inédito y nunca más repetido cuadrangular final), le gana 1 a 0 a Uruguay, cuando quedan cuarenta y pico de minutos por jugarse. Algunos diarios ya comienzan a anticipar el cierre de las ediciones históricas con el título que se esperaba desde que arrancó la competición. “Brasil campeón do mundo”. La frase se repite en ban-

deras y camisetas que empiezan a venderse en las inmediaciones del estadio “Mais grande do mundo”.

Obdulio Varela, capitán y símbolo del valiente equipo uruguayo, es el encargado de tomar el balón. Ya se olvidó de las insólitas palabras de “aliento” de un dirigente uruguayo, que en el vestuario les había dicho: “Muchachos, si perdemos por menos de cuatro goles salvaremos el honor”. También del planteo ultradefensivo que había dispuesto el entrenador Juan López Fontana, y que él mismo se encargó de despedazar en el vestuario, alentando a sus compañeros con una arenga inolvidable: “No piensen en toda esa gente, ¡los de afuera son de palo! Salgan tranquilos, no miren para arriba. ¡Nunca miren a la tribuna! ¡El partido se juega abajo!”

Varela, *El Negro Jefe*, había visto que durante la jugada que terminó en el gol brasileño, el juez de línea había levantado su bandera, y que la bajó rápido, por las dudas de que el árbitro sancione el supuesto offside y que por su culpa Brasil no sea campeón esa tarde.

Con la pelota abajo del brazo, Varela enfila rumbo al mediocampo sin ningún apuro. Camina como si cada pierna le pidiera permiso a la otra para dar un paso. La bravura del Maracaná se impacienta y deja de celebrar para abuchear al hombrecito de celeste, que no parece interesado en seguir jugando. La gente se enerva, y los once brasileños también. Para colmo, Obdulio se muestra interesado en pedirle explicaciones del gol al árbitro inglés George Reader, pero ni el futbolista sabe inglés, ni el juez comprende el español. El juego de mímica termina por aplacar los ánimos de

todos los presentes.

Nadie entiende nada, salvo el enorme Obdulio Varela. El único que tiene claro lo que pasa es él, que luego explicará que si no enfriaba el ambiente, la máquina brasileña se los hubiera llevado por delante y les hubiera metido varios goles más.

Tras la puesta en escena frente al árbitro, *El Negro Jefe* finalmente apoya la pelota en el círculo central, mira las caras de nerviosismo y susto de sus rivales, gira su cabeza, observa a sus envalentonados compañeros y les dice: “Ahora sí señores. Vamos a ganar este partido”.

Uruguay empareja el juego, pero no logra llegar a la igualdad. Hasta que a los 21 minutos, el wing derecho Alcides Ghiggia desborda por la derecha, y habilita al volante Juan Alberto Schiaffino, quien con un remate rasante vence la resistencia del arquero Moacir Barbosa.

El Maracaná se silencia, como si todos supieran de antemano lo que pasará. Casi nadie recuerda que faltan veintipico de minutos y que con el empate Brasil es campeón. La confianza absoluta en su equipo se desvaneció en poco más de una hora. El desenlace se huele en el ambiente.

Cuando se juegan 34 minutos de la segunda etapa, Alcides Ghiggia protagoniza una jugada similar a la que terminó en el 1 a 1. Tan parecida es, que Barbosa imagina que se vendrá un nuevo centro, se acomoda para interceptarlo y Ghiggia le clava a la pelota un fuerte derechazo que se cuele entre el palo izquierdo y el arquero. Gol de Uruguay. Es el 2 a 1. Hay casi 200.000

personas en la cancha, pero apenas un puñado lo gritan y lo festejan. El resto es un silencio sepulcral. Un velorio. Los rostros y las banderas y las camisetas y los jugadores locales y las imprentas de los diarios quedan congelados. Paralizados.

Apenas once minutos después, Reader pita el final del partido y la confusión es completa. Los brasileños se tiran al piso e intentan sin éxito enterrar sus cabezas como los ñandúes. Barbosa no entiende lo que acaba de pasar, pero no tiene capacidad mental para imaginar que vivirá 50 años humillado y defenestrado por esa acción. Y a Ademir poco le importa que terminó como goleador del torneo, con 8 conquistas.

Mientras los uruguayos gritan, cantan, corren, se abrazan y festejan, el presidente de la FIFA Jules Rimet no sabe cómo hacer para realizar la ceremonia de entrega de la Copa. Como casi todo el mundo, estaba tan convencido de la victoria local, que el discurso lo tiene escrito en portugués. Ni que hablar de la vergüenza que sienten los integrantes de la banda militar, que no tocaron el himno uruguayo porque no lo sabían.

Finalmente, Rimet baja al campo de juego y en un rinconcito, rodeado de otra gente que nada tiene que hacer ahí, le estrecha la mano a Obdulio Varela y le entrega la Copa. La ceremonia dura menos de cinco minutos. La mayor hazaña de toda la historia de los mundiales tiene imágenes que la inmortaliza casi de casualidad. Tiempo después, los uruguayos recordarían: “Más que ganarla, sentimos que esa tarde nos robamos la copa”.

Ya de noche, Obdulio Varela decidió salir a reco-

rrer los bares de la ciudad. Allí fue reconocido por varios brasileños, que lloraron en sus brazos. Tanta tristeza sintió *El Negro Jefe* que más tarde declaró que de haber sabido que el pueblo brasileño sufriría tanto la derrota, hubiera preferido perder ese partido.

Y como a las derrotas hay que encontrarle siempre un culpable, hubo otra víctima además del pobre Barbosa. Desde el 16 de julio de 1950, Brasil no usó nunca más su hasta ahí tradicional camiseta blanca, porque aparentemente atraía la mala suerte...

8

Campeón sin corona I

Existe una frase, apasionantemente discutible, que asegura que el mejor de un torneo es el campeón. Que “del segundo no se acuerda nadie”.

Bueno. Todas esas afirmaciones se contrastan de manera muy fácil con dos claros ejemplos de la historia de los mundiales: Hungría de '54 y Holanda del '74.

En este capítulo, los protagonistas son los húngaros.

El equipo de Hungría llegó a Suiza como claro favorito al título, gracias al título olímpico obtenido en los Juegos de Helsinki 1952, y con una racha impactante de 28 partidos invicto.

El técnico Gusztáv Sebes tenía un plantel de lujo: Zoltán Czibor, Sándor Kocsis, Nándor Hidegkuti, Ferenc

Szusza, József Bozsik y Gyula Grosics.

Pero además, el conjunto rojo tenía a un distinto, un crack, uno de esos futbolistas que cuando nacen, rompen el molde: Ferenc Puskas, capitán y una de las grandes figuras del Mundial

Su autoridad dentro del plantel era incuestionable. Y no era para menos, porque además de ser el líder del equipo, era coronel del ejército de su país.

Hungría logró en Suiza '54 un récord aún imbatido: 27 goles en cinco partidos, con un promedio de algo más de 5 tantos por encuentro. Una locura. Un festival. Un canto al fútbol.

El camino húngaro a la final fue intachable: 9 a 0 a Corea del Sur y 8 a 3 a Alemania Federal en la fase de grupos, 4 a 2 a Brasil en cuartos e igual resultado ante Uruguay, en las semis.

Con Puskas a media máquina (se había fracturado el tobillo derecho, pero de todas maneras jugó y convirtió un gol), Hungría salió a disputar la final ante Alemania Federal, equipo al que había humillado en la fase inicial.

Contra todos los pronósticos, los germanos dieron la sorpresa y ganaron 3 a 2, en un partido que pasó a la posteridad como “El milagro de Berna”.

Sin embargo, el equipo que quedó en el recuerdo de todos fue Hungría, que deslumbró con su potencia goleadora y con su constante afán de ser siempre protagonista.

El récord de partidos invicto se quedó en 32 y muchos podrán decir que el más importante, la final del Mundial, lo perdió. Pero lo concreto es que cual-

quier amante del fútbol reconoce y ubica a la Hungría del '54 como uno de los mejores equipos de todo el mundo, incluso por encima de algunos campeones.

Entonces señores, tal vez no siempre el mejor es el campeón...

8

El Rey

En la Copa Mundial de Suecia, en 1958, la aparición de un joven brasileño de 17 años no sólo revolucionó a su selección, sino que sorprendió al mundo y estableció el comienzo de una nueva era en el fútbol.

Un tal Edson Arantes do Nascimento, más conocido como Pelé, fue una de las figuras de un seleccionado de Brasil que finalmente logró gritar campeón y alzar un trofeo que se le negaba.

Pelé no sólo eclipsó a todos con su habilidad y juventud, sino que fue fundamental en el partido decisivo ante los locales, a quienes Brasil goleó 5 a 2 con dos tantos de su nueva joya.

Dueño de un físico privilegiado, Pelé era guapo, cabeceaba como los dioses y le pegaba muy bien con las dos piernas. Sus rivales quedaban tan humillados cuando lo enfrentaban y tan mal parados, sin saber cómo detener sus arranques, que tal vez por eso fue que en el Mundial de Chile 1962, la única manera que encontraron para detenerlo fue con patadas arteras.

En el país trasandino, Pelé duró solo un par de partidos, producto del juego brusco. De todos modos, Brasil logró repetir el título.

Cuatro años después, la cacería continuó. Y en esta ocasión, la brutalidad llegó de los pies de los defensores portugueses, que no se avergonzaron de protagonizar una carnicería contra el mejor futbolista del mundo. Incluso, en una jugada le pegaron dos veces de manera artera y sin pelota, ante la pasividad del árbitro.

Tanto le pegaron que finalmente los lusos ganaron la batalla. Fue 3 a 1 ante un equipo que no supo contrarrestar la violencia y debió despedirse antes de tiempo.

En México 1970, Pelé tendría su revancha y coronaría una carrera sensacional con cuatro Mundiales jugados y tres ganados, algo único e irrepetible.

Pero eso forma parte de otro capítulo.

10

El desastre de Suecia

Agrandada por su consagración en el Sudamericano de 1947, la selección argentina viajó al Mundial de Suecia 1958 confiada en cumplir un buen papel.

Sin embargo, la realidad le dio una dura cachetada al equipo, que volvía a los Mundiales después de 24 años de ausencias.

El plantel era bueno. Figuras como Amadeo Carrizo, Pedro Dellacha, José Ramos Delgado, Omar Ores-

tes Corbatta y José Sanfilippo permitían ilusionarse con una digna tarea. Pero la desorganización fue total. De hecho, en la previa del Mundial, el equipo apenas jugó tres partidos amistosos frente a Paraguay, Uruguay y el Colo-Colo de Chile, y poco antes del comienzo del torneo, se lesionó Roberto Zárate, y el DT Guillermo Stábile llamó de urgencia a Ángel Labruna, que ya tenía 39 años...

El cuerpo técnico llevó apenas un juego de camisetas. Entonces, cuando se perdió el sorteo ante Alemania Federal, el plantel debió salir a buscar presuntamente uno alternativo. Así pues, el 8 de junio la Argentina salió a jugar contra los germanos con una inédita camiseta amarilla, propiedad del club local IFK Malmö. El partido terminó 3 a 1 para los europeos.

Pedro Dellacha, integrante del plantel, recordó tiempo después: “Lo que hubo fue una falta de responsabilidad en algunos muchachos, que tal vez no comprendían la verdadera importancia de un Mundial. Para ellos era lo mismo que jugar un partido en Buenos Aires. La verdad es que no hubo disciplina en ningún momento del torneo”.

Para que se entienda mejor. En aquella época, la selección argentina le importaba a muy pocas personas. No contaba con un plantel fijo, ni con un programa de trabajo. Todo se organizaba sobre la marcha. Toda esa improvisación que caracterizó a la AFA duró hasta los '70, cuando el equipo nacional se convirtió en la prioridad número 1.

Tres días después de la derrota ante los alema-

nes, la Argentina derrotó a Irlanda del Norte 3 a 1 y se ilusionó con avanzar a la siguiente fase. Sin embargo, el sueño duró un suspiro.

El 15 de junio de 1958, la Argentina sufrió la goleada más aplastante de toda su historia en los Mundiales. Checoslovaquia aprovechó todo, ganó 6 a 1 y despidió a la selección albiceleste del mundial de la peor manera.

“Fuimos a la deriva. Si hubieran querido, nos metían 14. Nunca me sentí tan humillado en una cancha de fútbol”, confesó el enorme arquero Amadeo Carrizo en el libro ‘Así jugamos’.

Y en el mismo texto, José Sanfilippo enumera: “Mussimessi se agarró a trompadas con Vairo, Pipo Rossi le armaba el equipo a Stábile, nosotros no conocíamos ni el color de la camiseta de los rivales, y mucho menos cómo jugaban, con otros compañeros nos metimos a cocinar porque nos daban de comer cualquier cosa, y si no fuera por los cinco mil dólares que les presté a los dirigentes no nos volvíamos, porque se habían patinado toda la guita. ¿Les parece poco?”

El papelón siguió con un bochornoso recibimiento al plantel en Ezeiza, donde los jugadores recibieron insultos y esquivaron monedazos y tomatazos.

Lo único que quedó claro fue que ya no éramos los mejores. Y como resumió el periodista Borocotó en la revista *El Gráfico*, “La lección ha sido dura, lo triste sería no aprenderla”.

11

A las patadas

El Mundial de Chile 1962 está considerado como el más violento de la historia.

El rótulo no es para nada exagerado. De hecho, en los primeros tres días hubo nada menos que 34 lesionados, y para los cuartos de final la cifra se elevó a 50. Entre las víctimas se destacaba el brasileño Pelé, a quienes todos los rivales fueron a buscar para dejarlo rápido fuera de combate. Una vergüenza.

En total, hubo cinco futbolistas fracturados. Tres en las piernas, uno en la cadera y otro terminó con la nariz rota.

Hubo al menos dos partidos bochornosos, dentro de la barbarie que fue casi toda la competencia.

El primero fue el que jugaron el 31 de mayo Yugoslavia y la Unión Soviética, en el debut de ambos en la Copa. Ante la atenta mirada del árbitro alemán Albert Dusch, que apenas hizo algún que otro llamado de atención, el “parte de guerra” arrojó que el soviético Slava Metreveli recibió 12 puntos sobre su ceja izquierda y Viktor Ponedeljnik terminó con una lesión en el tobillo derecho, mientras que del lado de los yugoslavos, Zeljko Matušević sufrió una fractura nasal y Muhamed Mujic se fue con un corte criminal en el tobillo derecho, después de pegarle un tremendo patadón al defensor ruso Eduard Du-

binsky. El golpe fue tan salvaje, que el ruso sufrió la fractura de la tibia y peroné y nunca pudo recuperarse. La lesión desembocó en un sarcoma que derivó en la amputación de su pierna derecha y, años más tarde, murió por la infección provocada por aquel golpe. Un espanto.

Sólo dos días después, en Santiago, Chile e Italia protagonizaron otro encuentro vergonzoso.

Los italianos ingresaron al campo de juego lanzando claveles blancos hacia las tribunas. Una fiesta. Un canto al Fair Play. Pero todo duró un suspiro: los 66.000 espectadores se unieron en una estruendosa silbatina, como para dejarle en claro al rival que esa tarde no la iba a pasar bien.

Apenas se habían jugado 7 minutos cuando el delantero Giorgio Ferrini le cometió una fuerte infracción al chileno Honorino Landa y el árbitro inglés Ken Aston lo echó del campo de juego (aún no existían las tarjetas amarilla y roja). Ferrini se negó a salir... y la Policía se lo llevó detenido, mientras al menos tres jugadores pedían asistencia desde el suelo. Unos instantes después, el propio Landa haría justicia por mano propia, sin que el árbitro castigara con la misma vara que con los italianos. El partido ya era un hervidero y todavía faltaban 83 minutos...

Era imposible mantener el ritmo, porque cada dos por tres las acciones se interrumpían, como consecuencia de patadas arteras de uno y otro lado.

Poco antes del final del primer tiempo, Leonel Sánchez desbordó por la izquierda ante la marca de Mario David. El delantero chileno se cayó, y el italiano lo

pateó varias veces, para intentar quitarle el balón. Sin que medie otro tipo de reacción, Sánchez se paró y le pegó un trompazo a David. Mientras, el árbitro se desentendió de todo y no cobró absolutamente nada. Y tampoco castigó al chileno por la reacción.

Ante esa demostración de autoridad del árbitro, el italiano David aguantó unos minutos y se tomó venganza y le tiró a Sánchez una espectacular patada voladora, que tuvo como consecuencia su rápida expulsión.

El partido siguió 11 contra 9, y, con el 2 a 0, Chile se garantizó el pase a la siguiente rueda.

12

La vendetta

El 3 de junio de 1962, durante el Mundial de Chile, Colombia y la Unión Soviética se enfrentaron en Arica, por la segunda fecha del grupo A.

Los europeos le ganaron en el debut a Yugoslavia 2 a 1, mientras que los sudamericanos cayeron ante Uruguay 2 a 0, y una nueva derrota los condenaría a preparar las valijas.

Cuando faltaban 22 minutos para el final, los soviéticos goleaban 4 a 1, exhibiendo una clara superioridad frente a un rival que parecía entregado.

Sin embargo, contra lo imaginado, Colombia reaccionó. A los 23 minutos del segundo tiempo, Marcos Coll marcó el primer y único gol olímpico de la historia

de los Mundiales. Cuatro minutos después, Angulo Rada anotó el 3-4, y a cuatro minutos del final, Marino Klinger clavó el emocionante 4 a 4, resultado con el que terminó el partido. La hazaña había sido posible.

Todo hubiera quedado ahí, sino fuera por la incontinencia verbal del árbitro del partido, el brasileño Jôao Etzel Filho, quien unos años después reconoció: “Yo empaté aquel partido. Soy descendiente de húngaros y odio a los rusos desde la invasión soviética a Hungría en 1956”.

Sin embargo, Colombia perdió 5 a 0 con Yugoslavia en el partido siguiente quedó eliminado, mientras que los soviéticos superaron a Uruguay 2 a 1 y avanzaron a la siguiente fase.

Pese a la confesión de Filho, la remontada colombiana forma parte de una de las páginas más gloriosas de la historia de la selección cafetera en los Mundiales de fútbol.

13

Animals!

La tarea de la selección argentina en el Mundial de Inglaterra 1966 resultó más digna de lo imaginada en la previa.

El equipo derrotó en la fase de grupos a España (2-1) y a Suiza (2-0), e igualó sin goles con Alemania Federal, resultados con los que se clasificó con comodi-

dad a la siguiente fase.

En cuartos de final tuvo la mala fortuna de chocar con la selección anfitriona.

El partido, disputado el 23 de julio en el estadio de Wembley, tuvo un desarrollo correcto y por momentos fue parejo, aunque los británicos fueron claramente superiores en el análisis general.

Geoff Hurst marcó el único tanto del encuentro, cuando faltaban 12 minutos para el final.

Sin embargo, la jugada que marcó un antes y un después en el partido (y en la historia de los mundiales) fue la que sucedió a los 37 minutos del primer tiempo, cuando el árbitro alemán Rudolf Kreitlein le cobró una falta a Roberto Perfumo.

El defensor le protestó al juez su severidad ante los argentinos y la pasividad que mostraba cuando los que pegaban eran los locales.

Como capitán del equipo, Antonio Rattin se acercó al árbitro y, mostrándole la cinta, pidió un traductor para manifestarle su desacuerdo con la decisión y pedirle explicaciones.

La intención del jugador de Boca era enfriar el partido, ya que los ingleses eran claros dominadores del encuentro. Pero la jugada le salió mal: el juez interpretó que *el Rata* le había hecho un corte de manga y automáticamente lo expulsó del campo de juego.

Las discusiones parecían no terminar jamás. Rattin se negaba a irse (entonces no existían las tarjetas amarilla y roja) y sus compañeros amagaron con abandonar el campo de juego en señal de protesta.

Hasta debió intervenir la policía londinense para que el juego pudiera continuar.

Mucho tiempo después, Kreitlein recordó aquella acción: “Desde el inicio del partido, y con sus casi dos metros de altura, Rattin quedaba en evidencia cuando usaba los codos para anular a los rivales. El se sentía con más derecho por ser capitán, y por eso le repetí en varias ocasiones que respetara el fair play. Sin embargo, el jugador siguió en esa postura. De hecho, era el único que intentaba complicar el partido, porque los demás se comportaban normalmente. A los 36 minutos, y después de haberle llamado la atención por lo de los codos en varias ocasiones, Rattin le cometió una falta a Hurst. Él no respetó la distancia y escuché que me dijo algo mientras gesticulaba. Lo miré y en inglés le dije: ‘Es el final para tí. Te vas para afuera’”.

Lejos de acatar la decisión del juez, Rattin salió del campo de juego y se sentó sobre la alfombra roja de la reina Isabel de Inglaterra, que se extendía desde la cancha al palco real, luego de apretar con bronca el banderín del corner, que tenía los colores británicos.

Los casi 70.000 espectadores lo despidieron al grito de “Animals”, apodo que durante años utilizaron para llamar a los argentinos.

Como consecuencia de toda esa polémica, en el Mundial de México 1970 la FIFA autorizó a que los árbitros utilicen las tarjetas amarilla y roja para sancionar a los futbolistas,

14

La Pantera Negra de Mozambique

Entre tantos otros, el portugués Eusebio Da Silva Ferreira es uno de los grandes futbolistas de todos los tiempos que se quedaron sin la posibilidad de alzar la Copa del Mundo.

Aunque no pudo coronar su actuación con la vuelta olímpica, la *Pantera Negra* de Mozambique, tal era su apodo, fue la gran figura del Mundial de Inglaterra 1966.

En suelo británico, Eusebio condujo a la debutante selección de Portugal hasta las semifinales, donde el fixture lo llevó a enfrentarse con el local, quien venció 4 a 2 y accedió a la definición. De todas formas, luego con el 2 a 1 a la Unión Soviética, pudo treparse al merecido podio.

Con lo realizado en esa Copa del '66, Eusebio comenzó a destacarse y a convertirse en una figura del fútbol mundial, reconocido y respetado en todos lados, gracias a sus 9 tantos que lo transformaron en el goleador del torneo.

Pero además, tenía espíritu de líder. Por ejemplo, cuando Portugal perdía 3 a 0 ante Corea del Norte en los cuartos de final, cuatro goles del crack dieron vuelta una historia que parecía terminada, demostrando no sólo una voracidad pocas veces vista, sino también un espíritu contagioso de no darse por vencido aún vencido.

Idolo de Benfica, club donde jugó toda su vida, a lo largo de su carrera ejemplar, Eusebio anotó más de 600 tantos, con un sorprendente promedio de casi un gol por partido.

El máximo ídolo de Portugal falleció el 5 de enero de 2014 en Lisboa, a los 71 años, como consecuencia de una insuficiencia cardíaca.

15

El gol fantasma

La pelota besa el césped. O lo que queda de él en esa parte del estadio de Wembley.

El balón acaba de pegar en el travesaño del arco defendido por el alemán Hans Tilkowski y en este preciso instante está picando, en parte de la línea..

La jugada fue rápida. El desborde de Alan Ball, el centro atrás ante la marca de Horst Hoettges, y el dominio y posterior media vuelta y remate cerca del punto penal de Geoff Hurst, que supera la estirada del arquero germano. Tan rápido ocurre todo que el árbitro suizo Gottfried Dienst duda qué hacer. Hasta que consulta a su asistente, quen no tiene dudas: la pelota picó adentro. Es gol. O al menos eso cobran.

Es 30 de julio de 1966, y con ese tanto Inglaterra se pone 3 a 2 frente Alemania, en el tiempo suplementario del Mundial. Poco después, Hurst anotará el definitivo 4 a 2, se convertirá en el único hombre en

marcar tres tantos en un partido decisivo en toda la historia, e Inglaterra alzará por primera vez, y hasta ahora única, la Copa del Mundo.

Unos 30 años después, un estudio de la Universidad de Oxford concluyó que la pelota quedó a seis centímetros de sobrepasar completamente la línea de cal, por lo que el tanto jamás debió convalidarse.

Recién 48 años después de esta veraniega tarde en Londres, la FIFA utilizará un sistema tecnológico para determinar con exactitud cuándo un balón ingresa o no en el arco por completo. Herramienta que simplificó todo y que determinó que la pelota rematada por Hurst jamás ingresó completa al arco.

Pero todo eso es hacer futurología. Lo concreto es que Hurst ve como el árbitro señala el medio del campo y alza los brazos y celebra su gol...

El gol que nunca fue.

16

Yo, mascota

Casi sin proponérselo, el leoncito Willie se convirtió en el Mundial de Inglaterra 1966 en un símbolo. Este simpático bicho se convirtió en la primera mascota de la historia de la competencia.

Cuatro años después, México tomó la posta y presentó en sociedad a Juanito, un niño mexicano con sombrero característico de ese país.

A falta de uno, Alemania 1974 trajo a dos hermanos como mascotas: Tip y Tap. Uno era alto, y rubio, y el otro, morocho y bajito. Simbolizaban a las dos Alemanias, por entonces divididas.

Un característico niño gaucho llamado, valga la redundancia, “Gauchito”, simbolizó el Mundial de Argentina '78, y fue el último personaje humano que se vio hasta ahora.

En España '82, la mascota fue una naranja llamada “Naranjito”, que tuvo mucho éxito y trascendió a la Copa. Fue protagonista de comics y tuvo su propia serie de TV.

México '86 presentó a Pique, un chile con bigotes y sombrero mexicano.

Italia '90 fue representado por Ciao, una figura abstracta con forma humana y cabeza de pelota.

El premio a la mascota menos popular es para Striker, el perro que intentaron identificar con el Mundial de Estados Unidos 1994.

Mejor suerte corrió el simpático Footix, el gallito de Francia '98.

El Mundial de Japón y Corea del Sur 2002 trajo a unos personajes futuristas llamados Spheriks. Eran tres: un entrenador llamado Ato (de color amarillo) y dos futbolistas: Kaz (violeta) y Nik (celestes), todos hechos de energía, por lo que no fueron considerados animales. Según sus creadores, ellos conforman el equipo de Atmoball, un deporte ficticio similar al fútbol. Todo muy misterioso...

Alemania 2006 repitió animal con Goleo, un león que recibió muchas críticas. Principalmente porque dije-

ron que era feo, porque no representaba al país anfitrión, sino a Inglaterra, y porque sólo usaba una camiseta de la selección germana, sin pantalones. Su compañero era un balón parlanchín llamado Pille. Ambos fueron creados por la compañía de Jim Henson, padre de los Muppets.

Sudáfrica apostó en 2010 por una mascota más simpática y consiguió el golpe de efecto. Zakumi, un leopardo africano, se ganó el cariño de todos, gracias a su constante sonrisa y sus colores alegres. Su nombre proviene de unir la sigla “ZA” (el código ISO para Sudáfrica) y “kumi”, que significa diez en varias lenguas africanas.

Para Brasil 2014 el objetivo fue similar, y Fuleco, un armadillo con colores brasileños aparece cada vez que puede, acompañando a grandes figuras del fútbol mundial, o bien mostrando en video como juega al meategol, se baila una samba o realiza capoeira.

De una u otra forma, Fuleco entretiene a los grandes y atrae a los niños.

Al fin y al cabo, ese es el principal objetivo de una mascota mundialista, algo que hace 50 años no existía, y que hoy resulta casi una pieza fundamental.

17

Los dos no goles más famosos de la historia

La mayoría de quienes vieron jugar a Pelé, aseguran que el brasileño fue el mejor futbolista de toda la historia.

Si la discusión se basara sólo en las estadísticas, aquella afirmación sería complicada de contrastar. *O Rei* es el único futbolista que fue tres veces campeón del mundo.

Pero más allá de los debates, lo concreto es que era fuerte, cabeceaba como los dioses y le pegaba con las dos piernas.

Además de todo eso, el hombre sacaba conejos de la galera. Innovaba. Lo que se dice, un diferente. Un distinto.

Además de conducir, cual director de orquesta, a Brasil a su tricampeonato con una actuación soberbia ante Italia, en 1970, Pelé protagonizó en la semifinal con Uruguay dos de las jugadas más recordadas de la historia, aún cuando ambas no terminaron en gol.

En el primer tiempo, se encontró con la pelota cerca del mediocampo, y no tuvo problemas en rematar desde allí al arco. La pelota se fue apenas desviada, ante la sorpresa de todos los uruguayos y del público, que acompañó la acción con un genuino “ohhhhh” de sorpresa.

Ya en la segunda parte, y ante una genial habilitación de su compañero Tostao, *O Rei*, en lugar de hacer contacto con la pelota, le amagó al arquero Fabio Mazurkiewicz, dejó pasar el balón y lo fue a buscar por detrás del uruguayo.

Cuando los organizadores ya estaban pidiendo las llaves para cerrar el estadio (¿para qué seguir después de esa maravilla?), el remate de derecha del 10 se fue apenas desviado, junto al poste derecho.

Pese a esas dos acciones, Brasil superó 3 a 1 a Uruguay sin sobresaltos y accedió a la final.

18

El partido del siglo

El 17 de junio de 1970, el estadio Azteca de la ciudad de México fue testigo del mejor partido de la historia de los mundiales. De un lado, Italia. Del otro, Alemania Federal.

Ambos buscaban un lugar en la gran final, y lo demostraron desde el arranque.

Fue Italia el que se puso rápido en ventaja, gracias a un temprano gol de Roberto Boninsegna, quien a los 8 minutos sacó un fuerte zurdazo desde afuera del área y anotó el 1 a 0.

El ritmo del encuentro fue bueno, pero el tanteador no se movió. Salvo en la última jugada, cuando el defensor Karl-Heinz Schnellinger, con una pirueta poco ortodoxa (saltó a cabecear, pero le pegó con la derecha) marcó el 1 a 1 que llevaba la definición al alargue.

En los 30 minutos de tiempo suplementario se vio a dos equipos que, contra el calor y el cansancio, entregaron una lucha apasionante por ganar.

Entonados por la igualdad sobre la hora, los germanos se pusieron arriba en el marcador gracias a un tanto de Gerd Müller, a los 4'. Pero cuando el desarro-

llo se encaminaba para los alemanes, Italia renació y se puso 3 a 2 en apenas seis minutos, gracias a los tantos de Tarcisio Burgnich y Luigi Riva.

Ya en la etapa final del tiempo extra, Alemania encontró una nueva igualdad, gracias a otro aporte del *Bombardero* Müller.

Sin embargo, apenas un minuto después, y a 9 del final, el goleador azzurro Gianni Rivera marcó el definitivo 4 a 3 para sellar la victoria y concretar el pase de Italia a la final.

El desgaste de ambos en el partido quedó en evidencia en la final, disputada cuatro días después, donde más allá de los méritos de Brasil, los italianos fueron una sombra, tanto física como futbolísticamente.

19

El mejor equipo de todos los tiempos

¿Quién dijo que no pueden jugar juntos en un mismo equipo cinco números 10?

La respuesta a esa afirmación infundada se resume en un equipo: Brasil 1970.

El arriesgado entrenador que se la jugó y terminó alzando una copa que ya había levantado como futbolista fue Mario *Lobo* Zagallo, y los intérpretes fueron Gerson, Tostao, Rivelino, Jairzinho y Pelé. Una máquina de jugar al fútbol y aplastar a sus rivales.

Para intentar graficar lo que hicieron los mucha-

chos de amarillo en suelo mexicano, valen dos testimonios. En su genial libro *El fútbol a sol y sombra*, el escritor uruguayo Eduardo Galeano asegura que “Brasil jugó un fútbol digno de las ganas de fiesta y la voluntad de belleza de su gente”. Por otro lado, el poeta escocés Alastair Reid opinó: “Si un marciano preguntase qué es el fútbol, un vídeo del partido Brasil-Perú del Mundial de México de 1970 lo convencería de que se trata de una elevada expresión artística”

Para ser justos, el equipo base formaba con Felix; Carlos Alberto, Brito, Piazza, Everaldo; Clodoaldo, Gerson; Jairzinho, Pelé, Tostao y Rivelino, y fue el primero que ganó todos sus partidos en una copa del mundo, algo sólo igualado por el Brasil de 2002.

El camino al tercer título de la historia brasileña comenzó el 3 de junio, con un 4 a 1 a Checoslovaquia. El 1 a 0 a Inglaterra y el 3 a 2 a Rumania garantizaron el primer lugar en el Grupo C y el pase a los cuartos de final.

Si el 4 a 2 a Perú fue una obra de arte, qué decir del 2 a 1 a Uruguay, donde Pelé protagonizó los dos no goles más recordados de la historia (ver más información en el capítulo 17).

El 21 de junio, en estadio Azteca, Pelé fue por última vez el director de orquesta de un equipo que parecía una sinfonía. Y si bien es cierto que Italia llegó agotada físicamente por el espectacular partido semi-final que le ganó a Alemania 4 a 3 (más detalles en el capítulo 18), también es real que la superioridad de los sudamericanos era clarísima.

Con goles de Pelé, Gerson, Jairzinho y Carlos Al-

berto, Brasil goleó 4 a 1 a la azzurra (descontó Roberto Boninsegna) y se quedó con la Copa Jules Rimet, y con el título de Mejor equipo de la historia de los mundiales.

20

La copa se mira, se toca (se esconde, se roba y se funde)

El Trofeo que la FIFA le entregó a los campeones de cada Mundial entre 1930 y 1970 inclusive, se llamó primero *Victoria* y luego, exactamente desde 1946, Jules Rimet, en reconocimiento al presidente francés de la FIFA, pieza fundamental a la hora de crear la nueva competición de selecciones.

La Copa, diseñada por el francés Abel Lafleur, estaba hecha de plata esterlina chapada en oro, y tenía una base azul de lapislázuli. Medía 35 centímetros de altura y pesaba 3,8 kilos. La forma era la de una copa octagonal, sostenida por una figura alada que representaba a Niké, la diosa griega de la victoria.

Este hermoso trofeo corrió riesgo de desaparecer en varias ocasiones.

Como era lógico, el campeón de 1938, Italia, lo retuvo hasta el siguiente torneo. Pero llegó la Segunda Guerra Mundial y los torneos de 1942 y 1946 se suspendieron. Ottorino Barassi, vicepresidente italiano de la FIFA y presidente de la Federación Italiana de Fútbol, re-

tiró en secreto la Copa de un banco ubicado en Roma, y la escondió dentro de una caja de zapatos para evitar que los nazis no se la robaran. El plan fue un éxito.

Tiempo después, en Inglaterra, más precisamente el 20 de marzo de 1966, la Copa Jules Rimet fue robada durante una exhibición pública en el Salón Central de la tienda Westminster. La desesperación fue total, porque solo quedaban cuatro meses para el comienzo del torneo organizado por Inglaterra. Por suerte, un perro llamado Pickles la encontró envuelta en un diario, en un pozo de un jardín suburbano de una zona de Londres llamada Beulah Hill y los británicos respiraron aliviados, además de convertir en héroe nacional al pichicho.

En México 1970, Brasil ganó el Mundial por tercera vez, y como solía pasar entonces, se quedó para siempre con la Copa. Y lamentablemente, como dice el refrán, la tercera fue la vencida, porque el 19 de diciembre de 1983, un grupo de ladrones se la robó de una exhibición en la sede de la Confederación Brasileña de Fútbol en Río de Janeiro.

Aunque parezca insólito, el trofeo estaba protegido por un cristal antibalas, pero en su parte posterior apenas tenía una madera, que fue fácilmente vulnerada por los atacantes. Si bien los acusados (los brasileños Sergio Pereira Alves, Antonio Setta, José Luis Vieira y el argentino Juan Carlos Hernández) fueron detenidos y enviados a prisión, el trofeo jamás fue hallado, y se sospecha que fue fundido para ser vendido como oro.

21

El peor equipo de la historia

Si a lo largo de todas las Copas del Mundo se construyera un ranking con los mejores y peores equipos, probablemente sea difícil ponerse de acuerdo a la hora de elegir al primero.

Ahora bien, sin ningún tipo de dudas, todos coincidiríamos en que el peor equipo de la historia de los mundiales es nada más ni nada menos que Zaire 1974.

Cualquiera de nosotros que viera el papelón que realizaron durante la Copa organizada por Alemania, se preguntaría cómo hizo esta selección para clasificar. Pues bien, acá va la respuesta.

Fueron 24 los equipos africanos que participaron de las Eliminatorias. Zaire enfrentó a Togo (0-0 en la ida y 4-0 de local), a Camerún (1-0, 0-1 y 2-0 en el desempate) y a Ghana (0-1 y 4-1), antes de disputar un triangular final donde derrotó 2-0 y 2-1 a Zambia y 3-0 y 2-0 a Marruecos. Cuatro jugadores y cuatro ganados, con 9 goles a favor y solo uno en contra. Lo que se dice, una clasificación clara, sin discusiones.

Y allá fue Zaire (actualmente llamado República Democrática del Congo), rumbo a su aventura mundialista.

En sus valijas, los integrantes del plantel lleva-

ban kilos y kilos de ilusiones... Y además, para sorpresa de los inspectores de la aduana germana, alrededor de una docena de monos muertos. Ante la inevitable consulta de las autoridades, los futbolistas africanos explicaron que el mono asado era su plato favorito, y que dicho alimento no se conseguía en Alemania.

Tras esa primera anécdota, todo lo demás fue para el olvido.

Como integrante del grupo B, Zaire debutó el 14 de junio en Dortmund, ante Escocia, con un digno 0-2 frente a una selección que tenía una clara superioridad.

El primer mamarracho llegó el 18 de junio, en Gelsenkirchen. Esa tarde, los yugoslavos se hicieron un festín. Tal fue la paliza, que a los 21 minutos del primer tiempo, y con el partido 0-3, Blagoje Vidinic, el desesperado técnico yugoslavo de Zaire, pateó el tablero, se enojó y cambió ¡al arquero!, que evidentemente no sabía que él sí podía tocar la pelota con las manos.

Así fue como salió Kazadi Muamba e ingresó Tubilandu Ndimbi. Pero lejos de mejorar, todo empeoró. Apenas un minuto después, Ndimbi recibía el cuarto. Y al término del primer tiempo, se había terminado el primer set: 6 a 0.

Fueron 9 los goles que le hizo Yugoslavia a Zaire esa tarde, estableciendo una de las goleadas más abultadas de la historia.

El último partido de los africanos fue el 22 de junio contra Brasil, el campeón vigente, otra vez en Gelsenkirchen. Pavada de despedida. Sin embargo, entre que era muy difícil superar el papelón sufrido ante Yugoslavia y

que los sudamericanos tuvieron algo de piedad, el encuentro “apenas” terminó 3 a 0 para los verdeamarelos.

De todas maneras, quedó otra vez en evidencia el completo desconocimiento de las reglas que tenían los jugadores de Zaire, cuando en un tiro libre a favor de Brasil cerca del área rival, y ante la orden del juez, el defensor Muepu Ilunga salió corriendo de la barrera y le dio un tremendo puntinazo al balón, enviándolo más allá del mediocampo. La carita del hombre de verde, abriendo los brazos y pidiéndole explicaciones al árbitro rumano Nicolae Rainea, para comprender por qué lo estaba amonestando, es tan desopilante como tierna.

Evidentemente, el plan alimentario no sirvió de mucho. Porque en Alemania 1974, además de los monos, los jugadores de Zaire se comieron 11 goles en tres partidos. Y se coronaron como el peor equipo de la historia de los Mundiales...

22

El partido único

22 de junio de 1974. Tercera jornada del grupo A. De un lado, Alemania. Del otro, Alemania.

La ridiculez política de dividir a un país en dos con un muro que atravesaba Berlín había llegado al fútbol.

El lado germano Federal (u occidental) era el organizador del torneo, mientras que el otro, el Democrático (u oriental), había ganado el Grupo 4 de las Eli-

minatorias y se había clasificado por primera y única vez en la historia de la competición.

Los “locales” eran más fuertes. Tenían un equipo protagonista, figuras como Franz Beckenbauer en la defensa y Gerd Müller en el ataque y que eran firmes candidatos a ganar la Copa, algo que lograrían. Pero su país hermano no se achicó, porque sabía que con una victoria no sólo lograría el pase a la siguiente fase como líder del Grupo A, sino que se anotaría para siempre en la historia.

La cita fue en el Volksparkstadion de Hamburgo, el árbitro fue el uruguayo Ramón Barreto y fueron más de 60.000 los espectadores que poblaron el estadio. Algunos hincharon por Alemania. Otros... por Alemania.

Contra lo que dicen algunos artículos, ambos equipos ya estaban clasificados. La selección de germanos del este había superado 3 a 0 a Australia y 1 a 0 a Chile y sumaba 4 puntos (entonces las victorias valían dos unidades) y sus vecinos del oeste habían igualado 1 a 1 con los sudamericanos y habían derrotado 2 a 0 a los oceánicos, pero el empate sin goles del primer turno entre chilenos y australianos ya les aseguraba un lugar en la segunda fase. Sólo faltaba definir al primero y al segundo.

“Si en mi lápida pusieran ‘Hamburgo, 1974’, todos sabrían quien yace debajo”, declaró alguna vez Jürgen Sparwasser.

Ocurre que el autor de la frase fue clave en el desarrollo del juego. Dentro de un partido áspero y parejo, a 13 minutos del final, Sparwasser aprovechó un error de

cálculo de los defensores Beckenbauer, Berti Vogts y Horst Hötterges ante un envío aéreo, la bajó con el pecho cerca del punto penal, se acomodó hacia su derecha, y casi desde el área chica sacó un fuerte derechazo que infló la red del arquero Sepp Maier, que nada pudo hacer.

Todos los hombres de azul abrazaron a su compañero, que llevaba con orgullo la 14 de la débil Alemania Democrática.

Para sorpresa de todos, el partido terminó 1 a 0. Y tuvo una gran repercusión mundial. “Era golpear al enemigo donde más le dolía. Mucha gente entonces lo veía así”, comentó mucho después el autor del histórico gol en una entrevista.

Sin habérselo propuesto, los resultados posteriores terminaron beneficiando a los derrotados, ya que Alemania Federal integró en la segunda fase su grupo con Polonia, Suecia y Yugoslavia, en la previa (y en la realidad también) rivales mucho más accesibles que Holanda, Brasil y la Argentina.

De hecho, los germanos del Este sólo sumaron un punto (producto del 1 a 1 con el equipo albiceleste), mientras que los del Oeste llegaron sin problemas a la final y terminaron alzando la Copa.

Incluso, algunas versiones aseguran que poco después de la final ante Holanda, a la casa de Sparwasser llegó un telegrama anónimo en el cual le agradecían aquella derrota...

Lo cierto es que para los libros, Alemania Democrática le ganó 1 a 0 a Alemania Federal, en el único partido que se enfrentaron en toda la historia.

23

Campeón sin corona II

Casi como un homenaje a la Hungría de 1954, exactamente dos décadas después apareció un equipo que revolucionó todo: Holanda. cultor del fútbol total.

El equipo conducido afuera del campo por Rinus Michels, y dentro por Johan Cruyff, era una máquina. Todos defendían y todos atacaban. No por nada fue apodada *La Naranja Mecánica*.

Daba placer ver jugar a esa selección, que cuidaba el balón y dominaba a su antojo las acciones de cada partido, sin importar el rival que se le presentaba.

Y también era sorprendente ver cómo su sistema táctico podía cambiar constantemente a lo largo de los 90 minutos. Casi siempre arrancaban con un 4-3-3 conformado por Jan Jongbloed; Wim Suurbier, Arje Haan, Wim Rysbergen y Rud Krol; Johan Neeskens, Wim Jansen, Wim Van Hanegen y Cruyff; Rob Rensenbrink y Johnny Rep, pero luego la rotación enloquecía hasta al más fanático de los esquemas. Por momentos había en cancha un 3-4-3, en otros casos era 3-5-2 y también 4-2-4. Y todo a un ritmo físico y futbolístico arrollador...

El camino a la final fue casi al trote: 2-0 a Uruguay, 0-0 con Suecia y 4 a 1 Bulgaria, el único que le pudo marcar antes del partido decisivo.

Ya en la segunda fase, el 26 de junio, humilló a

la Argentina 4 a 0. El arquero, Daniel Carnevali –según contó el defensor Roberto Perfumo–, “fue rápido a buscar una pelota cuando íbamos 2-0 abajo. ‘No te apurés’, le pedí. ‘¿Por qué?’ me dijo. ‘Porque nos van a hacer 10’. Tuve miedo de nos hicieran 10”.

Otros dos 2-0 ante Alemania Democrática y Brasil, el campeón vigente que nada pudo hacer ante aquella supremacía, ubicaron a los de naranja en el partido decisivo.

Holanda y Alemania Federal se enfrentaron en el estadio Olímpico de Berlín el 7 de julio. Fiel a lo exhibido en todo el torneo, *la Naranja Mecánica* arrancó con todo. Y tal fue la concentración con la que ingresó a la cancha que sacó del medio, toqueteó por la izquierda, y cuando Cruyff ingresó al área fue derribado y el árbitro John Taylor cobró penal. John Neeskens marcó el gol y los germanos se encontraron, a los dos minutos de comenzado el partido, perdiendo 1 a 0 y recién pudieron tocar la pelota por primera vez, cuando sacaron del medio.

Tal vez esa pronta ventaja perjudicó a los holandeses. Porque permitió la rápida reacción de los locales, que igualaron las acciones a los 25 minutos, gracias a un penal de Paul Breitner.

Alemania impuso su rol de anfitrión, y poco a poco fue adueñándose del desarrollo, que concretó en la red gracias a Gerd Müller, que clavó el 2 a 1 cerca del final del primer tiempo.

Contra lo imaginado, Holanda jamás pudo reaccionar, el tiempo pasó y el segundo tiempo terminó igual que había empezado.

La fiesta de los alemanes y la postal de su extraordinario capitán Franz Beckenbauer con la Copa en alto jamás podrá opacar la espectacular campaña de la inolvidable *Naranja Mecánica*, equipo que alzó por primera vez la bandera del fútbol total y marcó una época, aún sin haber salido campeón.

24

Francia de Mar del Plata

Bienvenidos amigos de todo el mundo a una nueva transmisión. Hoy es 10 de junio de 1978. Son las tres de la tarde y en instantes se enfrentan Francia y Hungría.

Las dos selecciones ya están eliminadas del Grupo A, donde Italia y la Argentina definirán en el turno vespertino quién termina como líder y sigue en Buenos Aires, y quién es el segundo y emigra a Rosario para la segunda fase.

Parece que la televisión empieza a pisar fuerte en el fútbol, porque por recomendación de la FIFA, uno de los dos seleccionados deberá cambiar sus colores tradicionales. Ocurre que en los televisores blanco y negro, el rojo de los húngaros tiene una tonalidad similar al azul de Francia. Entonces, uno de los dos deberá salir con camiseta blanca. De otra manera, no se entiende el consejo.

¡Y ahí está Hungría en la cancha, con su camise-

ta blanca impoluta!. Se viene Francia....

Ejem... Señores... Tenemos un problema. ¡Los galos también vienen vestidos de blanco!

¡Que alguien haga algo rápido porque esto es un papelón!. Los 22 jugadores se miran unos con otros y a la vez observan al árbitro brasileño Arnaldo Coelho, que se hace el distraído y, sin que se den cuenta, esboza una sonrisa y le hace un comentario risueño al inglés Patrick Partridge y al chileno Juan Silvagno Cavanaugh, sus dos asistentes.

Lo concreto es que los franceses no tienen camiseta alternativa y el partido se demora.

Nadie entiende nada en el estadio José María Minella de Mar del Plata. Mucho menos los 23.000 espectadores que se le animaron al frío invernal para ver el anteuúltimo partido mundialista que se disputará en la Feliz. Mañana será el turno de Brasil y Austria, y el Mundial '78 será un grato recuerdo para los marplatenses.

Atención. Me dicen que a una mente lúcida se le ocurre una aparente solución: salir en auto a recorrer las calles cercanas al estadio, y buscar si algún club puede prestar un juego de camisetas.

Y allá van los enviados. En la travesía, pasan por una sede de Boca Juniors. Pero tienen tanta mala suerte que está cerrada. Toman la avenida Independencia y llegan a la esquina de Alvarado. Allí está el Club Kimberley de Mar del Plata. ¡Y está abierto señores! ¡Está abierto!.

No tenemos manera de corroborarlo, pero no nos imaginamos el rostro de quien recibió a la comiti-

va de dirigentes cuando éstos le explicaron lo que pretendían. O se desmayó de la emoción y debieron recurrir a otra persona, o llamó a la policía pensando que los que irrumpieron en el club eran ladrones con mucho ingenio que querían llevarse camisetas. Pero también cabe la posibilidad de que haya visto más allá de ese instante y se brindó por completo, entendiendo de antemano que su querido club de barrio iba a disputar un partido de Copa del Mundo.

Hace una hora que el partido debió haber comenzado, pero el retraso parece haber llegado a su fin. Los franceses miran de reojo las camisetas verdes y blancas. Lejos de cualquier atisbo de moda, en nada combinan con sus pantalones azules y medias rojas. Si estuviéramos en febrero bien podrían salir por la calle disfrazados así, y formar parte de los festejos de la elección de la Reina del Mar.

Pero no estamos en febrero. Estamos en junio. Diez de junio. Y se tiene que jugar un partido de Mundial. Un partido que ya de por sí no le importa a nadie. Da lo mismo que termine 0 a 0, que se suspenda o que finalice 15 a 15. No cambia en nada el desarrollo del torneo. Los dos, esta misma noche, se vuelven en avión a sus países. Todavía no jugaron, pero ambos están, derrotados, fuera del juego, abatidos, eliminados.

Pero al fin y al cabo hay que jugar. Además, después de esta payasada de las camisetas, lo que pase hoy va a quedar por siempre en la historia. Tal vez no en la historia que habían soñado húngaros y franceses, pero en la historia al fin. ¡Qué tanto! Como si se pudie-

ra elegir de qué manera uno entra a la historia. Por favor...

El árbitro los apura y en un costadito, cerca del banco de suplentes, los franceses se visten. Algunos se atreven a buscar el número de casaca que coincide con el que tienen en su pantaloncito. Pero otros no tienen suerte y agarran la que venga. Es el caso, entre otros, de un joven Michel Platini, que tiene el 15 en su short, y el 16 en la espalda. A esta altura, da lo mismo.

El partido finalmente se juega. Francia impone su ritmo y domina a los húngaros. Hay cuatro goles, y todos ocurren en el primer tiempo. Christian López, Marc Berdöll y Dominique Rocheteau anotan para los galos, mientras que Sandor Zombori convierte el temporario 1-2 para los vencidos.

Cerca de las seis de la tarde, el partido se termina. Es todo un éxito, porque un par de horas antes pudo haberse suspendido, algo que hubiera sido un bochorno. A cambio, nos conformamos con este papelón.

Los franceses se van contentos, con una victoria estadística y un golazo de López, que bien podría ser elegido como uno de los más lindos del Mundial (bombazo desde afuera del área). Los húngaros, en tanto, volverán a casa amargados y sin puntos.

Finalmente, los hinchas marplatenses se guardarán para siempre una anécdota que les contarán a sus hijos y nietos, y que comenzará así: “Hace muchos años, durante el Mundial de Argentina 1978, yo vi al viejo y querido Kimberley ganarle a Hungría 3 a 1...”

25

Argentina 6 - Perú 0: goles y sospechas

Si existe un partido en la historia mundialista de la selección argentina que inevitablemente genera polémica cuando se lo recuerda, es el que la albiceleste le ganó a Perú por 6 a 0, durante el Mundial 1978.

La historia es así. El 21 de junio, en Rosario, el equipo conducido por César Luis Menotti salió al campo de juego a disputar su encuentro con los peruanos, sabiendo que debía vencerlos por una ventaja de al menos cuatro goles si quería disputar la final.

Eso fue posible gracias a que Brasil había jugado en el primer turno, algo que claramente benefició a los argentinos, porque jugaron con la llamada ventaja deportiva.

Lo concreto es que la selección aplastó 6 a 0 a un conjunto de Perú que hizo fuerza hasta donde pudo (cuando iban 0 a 0, los visitantes tuvieron dos situaciones claras para marcar, y en una de ellas la pelota dio en el palo), pero que salió a jugar sin ninguna chance de clasificarse a la final, y además estaba físicamente agotado.

Como era de esperar, las sospechas brotaron por todos lados. Sin embargo, no hubo nada que pueda ratificar que hubo un arreglo entre ambos conjuntos.

Uno de los puntos cuestionados fue que 15 días después del Mundial, la Junta Militar argentina donó 35.000 toneladas de trigo a Perú. Sin embargo, ese

acuerdo se había realizado mucho antes del Mundial, en tiempos donde nadie sabía que podrían llegar a enfrentarse ambos países en una instancia tan trascendental.

Por otro lado, el arquero de Perú, Ramón Quiroga, era argentino. Fue señalado como uno de los que negociaron el supuesto acuerdo. Harto de esa situación, en 1998 declaró: “En ese partido jugó Rojas, que nunca lo hacía, y se murió en un accidente. El entrenador Marcos Calderón se murió en un accidente de avión. Y en un gol argentino, Manzo se agachó. A los peruanos siempre les agarró diarrea cuando enfrentaron a argentinos o a brasileños”.

Incluso el ex presidente peruano, Francisco Morales Bermúdez, hizo en febrero de 2014 una fuerte declaración al respecto. “Yo he tratado de investigar esto. No quiero mencionar nombres ni cosas así, pero ahí han habido muchas cosas subalternas, no santas, que dieron lugar a eso. No fue estrictamente futbolístico. Videla los amedrentó. Algo pasó y parece que corrió un poco de dinero. Todo hace pensar que fue así. En esas cosas no hay forma de investigar, pero hay casi la convicción de lo que le digo aunque no llega uno a probarlo, a encontrar el sustento. Pero que fue anómalo, fue totalmente anómalo”, le dijo al diario *El Comercio*.

El profesor israelí de historia latinoamericana Raanan Rein fue más allá todavía, y dijo que está “100 por ciento convencido” de que la junta militar argentina influyó en aquel triunfo.

En la vereda se enfrente se encuentran dos testimonios fuertes. Teófilo Cubillas, la gran figura de

aquella selección de Perú, afirmó: “La presencia del dictador (Jorge Rafael) Videla en nuestro vestuario tal vez asustó a varios integrantes del equipo”. Mientras que el capitán, Héctor Chumpitaz, asegura: “Es cierto que la visita de Videla fue nefasta, pero de ninguna manera eso afectó nuestro juego. Nos hicieron 6, pero pudieron ser muchos más. Nosotros llegamos a ese partido exhaustos, por la gran primera fase que habíamos hecho”.

En tanto, el defensor argentino Alberto Tarantini se ofusca cuando le hablan del tema, y lo resume como César Luis Menotti: “Es una canallada que se diga eso”.

El cierre es de Osvaldo Ardiles, quien analizó para el libro *Así Jugamos*: “¿Pudo la dictadura arreglar aquel partido? Si fueron capaces de hacer desaparecer a 30.000 personas, ¿por qué iban a detenerse ante un simple partido de fútbol? Mi opinión es que no lo hicieron, no porque no querían, sino porque no pudieron. Lo que sí sé es que nosotros estábamos convencidos de que les íbamos a ganar por ese margen. Y, como siempre dije, si alguien llega a presentar una prueba del arreglo, yo devuelvo mi medalla.”

26

Campeones y en casa

Durante 40 años, la Argentina debió aguardar para poder organizar una Copa del Mundo. Le habían

prometido la sede para 1938, pero la FIFA finalmente optó por Francia.

Por eso, cuando el 6 de julio de 1966 el mismo organismo anunció en Londres que la Copa volvería a Sudamérica en 1978, la alegría fue total.

Desgraciadamente, el golpe de estado que sufrió la Argentina en marzo de 1976 impidió que la fiesta fuera completa. Y contra el reclamo de organismos de derechos humanos internacionales, el torneo se disputó igual en suelo albiceleste.

El camino del equipo conducido por César Luis Menotti comenzó de la mejor manera. El 2 a 1 a Hungría en el debut sirvió para calmar la ansiedad, y el triunfo por igual resultado ante Francia resultó un alivio porque la clasificación estaba asegurada.

Sin embargo, la derrota por 1 a 0 ante Italia trastocó los planes. La Argentina debió dejar Buenos Aires y tuvo que ir a Rosario a disputar la etapa que determinaría a uno de los finalistas.

Un 2 a 0 ante Polonia y un 0 a 0 frente a Brasil dejó la definición del Grupo B al rojo vivo. Para colmo, con el 3 a 1 de los brasileños sobre los polacos, la Argentina salió a jugar contra Perú con la obligación de hacerle cuatro o más goles para acceder a la final.

El 21 de junio se disputó un partido que aún hoy es comentado. Pero al margen de las hipótesis extrafutbolísticas que se dijeron y dicen, lo cierto es que mientras el equipo de Menotti crecía y se afianzaba con el correr de los partidos, el conjunto peruano llegó extenuado físicamente a ese encuentro tan trascendental.

El 6 a 0 sentenció la clasificación argentina a la final, que se disputó el 25 de junio en un Monumental repleto.

Holanda, el rival, había disputado la final del Mundial anterior, en Alemania, y quería sacarse la espina que tenía atravesada desde hacía cuatro años.

Mario Alberto Kempes abrió la cuenta para los locales a los 38 minutos del primer tiempo de un partido durísimo, jugado a cara de perro y sin pausa. Un Fillol espectacular evitó la caída de su valla en varias ocasiones, hasta que a ocho minutos del final del partido, Dick Nanninga, de cabeza, clavó el 1 a 1. Poco antes de los 90 minutos, Robert Rensenbrink pegó un pelotazo en el poste, luego de colarse entre la defensa argentina, y puntear la pelota ante la desesperada salida de Fillol.

En el tiempo suplementario, la Argentina salió decidida a definir el pleito. Todos los nervios, tanto de los hinchas como de los jugadores, encontraron desahogo cuando otra vez el *Matador* Kempes envió la pelota a la red sobre el final de la primera etapa. Y muchísimo más cuando Daniel Bertoni selló el 3 a 1 a pocos minutos del final.

La imagen de Daniel Passarella levantando la Copa y encabezando la vuelta olímpica en el Monumental es una de las postales más importantes del deporte argentino en toda su historia, porque le puso fin a varias décadas de desilusiones mundialistas.

27

El show del jeque

Si tuviéramos que buscar dentro de la extensa historia de los mundiales, un hecho que se destaque por encima de todos por lo ridículo, sin dudas deberíamos viajar a Valladolid, al 21 de junio de 1982.

Francia, que había perdido en su debut ante Inglaterra 3 a 1, debía vencer a la debutante Kuwait para seguir con chances en el Grupo D del Mundial de España '82.

Sin saberlo, los 22 futbolistas y el juez del partido fueron testigos directos de uno de los momentos más desopilantes de todos los tiempos.

Como era de esperar, los galos dominaron las acciones casi desde el pitazo inicial. Al término del primer tiempo ganaban sin problemas 2 a 0, con goles de Bernard Genghini y Platini. Ya en la etapa final, Didier Six amplió el marcador y Abdulaziz Al-Buloushi descontó para los asiáticos.

Hasta ahí, todo transcurría dentro de los parámetros normales de un partido de fútbol. Pero cuando a los 35 minutos, el volante Alain Giresse marcó el 4 a 1 ante los estáticos defensores kuwaitíes, la situación se convirtió en un bochorno.

Como era de esperar, el árbitro ruso Miroslav Stupar señaló el centro del campo, decretando el 4 a 1. Y fue entonces cuando comenzó el show.

Mientras los futbolistas kuwaitíes y su entrenador se quejaban a un costado del campo de juego y no querían reacomodarse en la cancha, argumentando que un silbato que había sonado de las tribunas los había distraído, desde el palco de las autoridades, el jeque Fahd Al-Ahmad Sabah, presidente de la federación de fútbol y del Comité Olímpico kuwaití y hermano del jefe de estado de Kuwait, comenzó a hacer claras señas de protesta, arengando al equipo a que se retire del campo. E inmediatamente bajó al césped y le cuestionó cara a cara al árbitro el gol sancionado, explicándole el asunto de la distracción por el supuesto silbato que había sonado en un momento inoportuno.

La tensión fue tal, que Al-Ahmad Sabah llegó a amenazar al juez con retirar al equipo de Kuwait del partido.

Como broche de oro a una situación tan bizarra, el árbitro decidió anular el gol francés, algo que conformó al jeque, quien regresó al palco rodeado de policías. Finalmente, Maxime Bossis marcó el cuarto de nuevo y Francia terminó ganando 4 a 1, mientras que el juez ruso fue sancionado de por vida por la FIFA y jamás volvió a dirigir.

“El mayor miedo era que así como anuló el cuarto gol, podía anular todos los demás y decretar que Kuwait ganara 1 a 0”, declaró con posterioridad Giresse, con algo de lógica.

El pobre jeque, en tanto, murió en 1990, durante la invasión de Irak a Kuwait, en la llamada Guerra del Golfo.

28

El arreglo

El 25 de junio de 1982 se escribió uno de los capítulos más bochornosos de la historia de los Mundiales.

Aquella tarde, en el estadio El Molinón, Alemania enfrentó a Austria, para definir los clasificados a los cuartos de final.

El deselance del Grupo B fue uno de los más emotivos, porque Argelia sorprendió al mundo cuando derrotó a los germanos en el debut de ambos.

Alemania se recuperó y goleó 4 a 1 a Chile, y Austria superó 1 a 0 a los sudamericanos y 2 a 0 a los argelinos. Como los africanos le habían ganado a Chile 3 a 2 en el primer turno, había una gran expectativa en Gijón, para ver quién pasaba a los cuartos de final.

Pero las especulaciones entraron en acción. Porque ambos seleccionados se dieron cuenta de que había un resultado que beneficiaba a los dos. Si Alemania ganaba 1 a 0, tanto germanos como austríacos se clasificarían a la siguiente fase, y dejarían en el camino a Argelia por diferencia de goles.

La pantomima fue arbitrada por el escocés Robert Valentine, y como era de esperar terminó 1 a 0 a favor de los alemanes, gracias al temprano gol de Horst Hrubesch, convertido a los 10 minutos de juego.

Los restantes 80' fueron un mamarracho, un canto

al ridículo y a la falta de respeto al público, a la claramente perjudicada selección de Argelia y a la historia de los dos equipos que protagonizaron tamaña vergüenza.

Ni jugadas de peligro. Ni remates al arco. Ni intentos de progresar en el campo rival. Ni roces. Ni faltas. En síntesis, un completo desinterés por jugar al fútbol.

Los 40.000 espectadores repudiaron lo que veían, y en el segundo tiempo explotaron. Los gritos de “Tongo, tongo” y un inolvidable cantito que decía “Que se besen, que se besen” formaron parte del bochorno. Incluso, varios hinchas argelinos comenzaron a arrojar monedas al campo de juego, para expresar su indignación, y todo el estadio terminó coreando por Argelia y silbando a los 22 protagonistas de tamaño papelón.

“Hoy fue una jornada fea para el fútbol”, declaró el zaguero alemán Franz Beckenbauer, mientras que recién en 2007, su compatriota Hans Peter Briegel reconoció el acuerdo entre ambas selecciones, al declarar: “Sólo me puedo disculpar ante los argelinos, porque habían merecido clasificarse a la siguiente fase”

A raíz de lo sucedido, la FIFA inició una investigación, que cerró poco después sin sancionar a los equipos involucrados, aunque como consecuencia de lo que pasó en Gijón tomó la decisión de que a partir de México 1986 los partidos que definieran la fase de grupos se jugaran al mismo tiempo, para que nunca más se repita el patético arreglo entre alemanes y austríacos.

29

Objetivo: Maradona

A lo largo de su carrera profesional, Diego Armando Maradona sufrió marcas personales de todo tipo. Pero sin dudas, la que vivió con el italiano Claudio Gentile en el Mundial de España 1982 no tiene igual.

Consciente de las cualidades del 10 argentino con la pelota dominada, el recio defensor de la azzurra no dejó que su rival se mueva. Sin embargo, la mayoría de las veces lo detuvo con faltas.

En total, no menos 20 foules le cometió Gentile a Diego en los 90 minutos que duró el partido que Italia le ganó 2 a 1 a la Argentina, por la primera jornada del Grupo 3 de la segunda fase.

En Barcelona, y ante 43.000 espectadores, el árbitro rumano Nicolai Rainea prácticamente hizo la vista gorda a la marca desleal de Gentile y oídos sordos a los reclamos de Diego y sus compañeros. Incluso, el propio Maradona y Osvaldo Ardiles fueron amonestados por protestar.

El repertorio de Gentile incluyó patadas a los tobillos, codazos, manotazos a la cara, golpes con y sin pelota, agarrones de camiseta y rodillazos. Cada tanto, alguna que otra vez también lograba sacarle la pelota sin infracción.

Una vez finalizado el partido, Gentile fue consul-

tado por la prensa por su férrea marca contra Maradona, y el defensor respondió, serio como siempre: “El fútbol no es para bailarinas”.

Poco más de 30 años después, Gentile recordó aquella tarde: “Estuve viendo videos los dos días antes del partido. No sabía bien cómo, pero sí tenía claro qué debía hacer. No podía permitir que Maradona se diera la vuelta, que quedara de frente a nuestro arco con pelota dominada. Lo hizo una vez y no pude pararlo. Evitarlo era el principio de la victoria. Sé que hoy en día no podría repetir el marcaje que le hice entonces. Utilicé todas mis armas dentro del límite. Ahora todo es examinado con detalle y los defensores son señalados. La televisión va en contra de los defensores”, analizó .

30

Finalistas por “méritos” ajenos

La final de España '82 tuvo como protagonistas a dos equipos que llegaron a la definición o bien pidiendo permiso o bien haciendo trampa.

De un lado estaba Italia, al fin y al cabo, el campeón luego del 3 a 1 en la final sobre Alemania Federal en el Santiago Bernabeu, la tarde del inolvidable grito de gol de Marco Tardelli, tal vez una de las postales más recordadas de la competición.

La azzurra llegó a España en medio de un escándalo de apuestas deportivas que ensuciaba al calcio.

El conflicto fue de tal magnitud, que el delantero Paolo Rossi fue suspendido por dos años en 1980 .

Pese a que no tenía un óptimo estado físico, Rossi integró el plantel comandado por Enzo Bearzot.

En un grupo A rarísimo, inédito y prácticamente inigualable (hubo cinco empates sobre seis partidos), el acceso a la siguiente etapa se definió por goles a favor. Ya con Polonia clasificada (goleó 5 a 1 a Perú en el tercer partido), Italia, que había empatado 0 a 0 con Polonia y 1 a 1 con Perú, definió mano a mano con Camerún, que también había igualado, pero en ambos casos 0 a 0. En resumen, el que ganaba, pasaba a la segunda fase, pero el empate favorecía a Italia.

El gol de Francesco Graziani a los 15 minutos de la segunda etapa parecía resolver la situación para los europeos, pero apenas un instante después, a los 16', Gregoire M'Bida clavó el 1 a 1 y permitió que los africanos se ilusionen con el gran golpe... que finalmente no llegó.

Después de clasificarse por la ventana, en la segunda fase se encontró en el Grupo 3 con la Argentina y con Brasil. Impensado por donde se lo mire. En el primer encuentro, ante los campeones del mundo vigentes, Italia apareció como equipo y superó 2 a 1 al conjunto albiceleste. La marca de Claudio Gentile a Diego Maradona fue tan bestial que quedó en la memoria colectiva. El recio defensor italiano declaró luego del partido: “El fútbol no es para bailarinas”.

Ante Brasil, la selección *azzurra* disputó el mejor partido del torneo y ganó 3 a 2, con una soberbia actuación del delantero Paolo Rossi, autor de los tres tan-

tos. Y en semifinales, fue claro el 2 a 0 ante los polacos.

¿Cómo llegó Alemania Federal a ser subcampeón de ese Mundial?

En la primera fase integró el Grupo B con la sorprendente Argelia, Austria y Chile. Los africanos sorprendieron y ganaron 2 a 1 en el debut, algo que complicó los planes. Pero ante lo que podía ser una pronta y humillante eliminación, los germanos optaron por ser partícipes de una sencilla y humillante confabulación. Sin ruborizarse, Alemania y Austria arreglaron un triunfo de los primeros por 1 a 0, y los dos siguieron adelante, en detrimento de Argelia (ver más detalles en el capítulo 28). Ya en la segunda fase, Alemania igualó con Inglaterra y superó a España.

Y acá llegamos al segundo momento polémico del camino germano a la final.

En las semis ante Francia, se produjo una jugada que seguramente hubiera cambiado no sólo el desarrollo del partido, sino también su desenlace.

A los 11 minutos de la segunda parte, el astro francés Michel Platini habilitó con un pase sensacional a Patrick Battiston, quien había aprovechado un hueco en la defensa y definió, desde la medialuna del área, ante la desesperada salida de Harald Schumacher. La pelota se fue afuera, apenas desviada junto al palo izquierdo. Y Battiston también se fue afuera... pero en camilla, inconsciente y con una conmoción cerebral.

En su afán por evitar el gol, el arquero germano salió con todo a cubrir el ángulo de tiro (cosa que lo-

gró con éxito). Sin embargo, en un acto completamente desleal y cuando la pelota ya no estaba en juego, embistió con todo su cuerpo al defensor galo, que quedó tendido en el césped.

Apenas a 10 metros de la jugada estaba el holandés Charles Corver, árbitro del partido y sin obstáculos que le impidieran observar lo que había sucedido. Era un clarísimo penal para Francia (el partido estaba 1 a 1) y también era expulsión para el arquero.

Contra toda lógica, Corver no sólo no echó a Schumacher, sino que ¡no cobró la falta!, sino saque de arco para los germanos. Lejos de preocuparse por la salud de su colega, el 1 alemán se quedó paradito en el área chica junto a la pelota, listo para reanudar el juego. Apenas 10 minutos después de ingresar por Bernard Genghini, Patrick Battiston era a su vez reemplazado por Christian Lopez. Realmente increíble...

La acción resultaría fundamental, ya que el partido (que más allá de esta acción fue realmente emocionante) terminó 1 a 1 en los 90', y 3 a 3 en el suplementario. Y en los penales, la gran figura fue precisamente el arquero germano, que atajó dos y le dio la victoria a Alemania 5 a 4. Schumacher a la final y Battiston, al hospital.

Y así fue como Italia y Alemania Federal se convirtieron en los curiosos finalistas del Mundial '82

31

Un canto al fútbol

El partido que disputaron Francia y Brasil por los cuartos de final de México '86 es uno de los mejores partidos de todos los tiempos.

El estadio Jalisco, de Guadalajara, fue testigo del choque entre Bleus y Verdeamarelos.

Los europeos habían dejado en el camino a Italia en octavos de final, y tanto su juego atractivo como su gran número 10 Michel Platini ilusionaban a su gente con un título que entonces les resultaba esquivo.

Enfrente, los sudamericanos exhibían un gran equipo, inferior en calidad al de 1982, pero con un gran goleador como Careca y un 10 fuera de serie: Zico, que arrancó en el banco de suplentes.

El partido fue de ida y vuelta, con una emoción constante. Fue Brasil, a través precisamente de su número 9 el que se puso en ventaja a los 17 minutos, con un remate a contrapié del buen arquero Joel Bats.

Como era de esperar, Francia fue a buscar la igualdad, y la encontró cinco minutos antes del descanso, con un tanto de Platini.

La segunda mitad mantuvo el mismo ritmo y la misma tensión. Los galos arriesgaron más y estuvieron cerca de convertir, pero no se les dio.

Finalmente, a los 26 minutos de la etapa final, Zi-

co ingresó y le dio a Brasil mayor intensidad, mayor juego y profundidad. Apenas dos minutos después, el 10 habilitó a Branco, éste quiso eludir a Bats y el arquero lo tocó. Penal. Brasil se encontraba con una inmejorable oportunidad para ponerse en ventaja.

Zico tomó la pelota y absorbió toda la presión de tamaña responsabilidad. Tomó carrera, pateó... y el arquero Bats le adivinó la punta, se tiró hacia su izquierda y rechazó el balón. El Jalisco explotó. Zico no logró recuperarse de ese golpe anímico. Ni en los minutos restantes, ni en el suplementario.

Llegaron los penales y con ellos, los nervios. El primero fue Sócrates, un consagrado.

Casi sin tomar carrera, el Doctor pateó con su clase característica sobre la derecha de Bats... que viajó hacia el mismo lado y con esfuerzo desvió la pelota. Primer mazazo para los verdeamarelos.

Stoptyra, Alemao y Amoros convirtieron, antes de que Zico vuelva a enfrentarse con el arquero galo. En esta ocasión, el 10 no falló y anotó el temporario 2 a 2. Su cara y su rostro denotaban aún la amargura por el remate errado durante los 90 minutos...

Llegó el turno de Bruno Bellone. Su remate dio en el palo izquierdo de Carlos Gallo, pero con tanta fortuna que la pelota dio en el cuerpo del arquero brasileño y se metió en el arco. Era gol, y de hecho pese a algunas quejas el árbitro rumano Ioan Igna lo convalidó, en una decisión que luego fue avalada por la International Board de la FIFA.

Con el gol de Branco, Brasil se ponía 3 a 3. Era

el turno de Michel Platini, que llegaba con ganas de dejar a Francia a un pasito de las semifinales. Pero en el día de su cumpleaños número 31, el 10 de los galos besó la pelota, la acomodó en el punto penal, tomó carrera y... la mandó afuera, apenas unos centímetros por arriba del ángulo derecho.

La frustración de Michel duró apenas unos segundos, porque el potente derechazo de Julio César reventó el palo derecho de Bats y se fue lejos. Poco después, y gracias a un remate cruzado de Luis Fernández, Francia logró el pase a las semifinales después de dramáticos 120 minutos y 10 penales.

Fue el telón más apropiado para un partidazo con todas las letras.

32

Barrilete cósmico

La Argentina ya estaba entre los ocho mejores del Mundial de México '86, y el fixture determinó que el siguiente rival fuera Inglaterra. Y entonces la cabeza de los futbolistas albicelestes no sólo pensó en un partido de fútbol, sino también en lo que había pasado cuatro años antes en la Guerra de Malvinas. Nadie quería perder ese encuentro, y mucho menos Maradona.

Con una inédita camiseta azul comprada de urgencia por los utileros albicelestes, la Argentina salió el 22 de junio a disputar un encuentro –una final anti-

cipada– con condimentos extrafutbolísticos que lo hicieron único en toda la historia.

Después de un primer tiempo parejo, a poco de iniciar la segunda etapa llegó la apertura del marcador: una pifia de Steve Hodge elevó el balón más de lo previsto, y lo envió casi como un misil al punto penal del área británica.

En ese lugar del estadio se encontraron en el aire Peter Shilton y Diego Maradona. El arquero, mucho más alto, fue a buscar la pelota con tranquilidad, pero no contaba con la viveza del 10 azul, que levantó rápido su puño izquierdo y mandó el balón al fondo de la red, antes de salir corriendo rumbo al juez de línea para celebrar, mientras miraba de reojo al árbitro tunecino Ali Bennaceur, que nunca entendió lo que había pasado y marcó el centro de la cancha.

Shilton y sus 10 compañeros salieron disparados a reclamar la anulación del tanto, pero no tuvieron éxito en sus gestiones.

Aunque luego ante los micrófonos inventó aquello de que lo hizo *La Mano de Dios* y jugó con su picardía innata, Diego sabía que había hecho trampa. Por eso, cuando cuatro minutos después tuvo la posibilidad de demostrarle al mundo quién era y qué sabía hacer con la pelota, no lo dudó.

Ahora Diego Armando Maradona respira hondo. Hace apenas un momento cruzó la mitad de la cancha y entró al campo inglés con pelota dominada. Si la jugada fuese un cuadro, el 10 argentino estaría en estos momentos en el aire, punteando apenas con su botín

zurdo la pelota, para asegurarse que la tiene atada al pie y para comenzar en breve el sprint final rumbo al mejor gol de toda la historia de los mundiales.

La jugada merece ser un cuadro, básicamente porque es una obra de arte por donde se la mire. Solo que a diferencia de los otros, es un cuadro con movimiento. Con un hombrecito azul que esquiva a varios vestidos de blanco.

Tal vez en este preciso instante, y después de dejar en el camino con dos pisaditas a Peter Reid y a Peter Beardsley mientras Kenny Sansom lo persigue a media máquina y Terry Butcher no sabe cómo pararlo, Maradona esté pensando cómo encarar a Terry Fenwick, que, desesperado, no sabe si cubrir el ingreso del rival al área o el pase a Jorge Burruchaga, que entra libre por el medio.

A la vez, Diego seguramente ya se acordó de su hermanito Hugo, que lo retó por definir apurado una jugada parecida contra Inglaterra, en Wembley, pero en 1980, y ya se prometió que cuando enfrente al arquero le amagará y lo eludirá por la derecha, para luego definir ante el arco vacío.

Además de Burruchaga, otro que acompaña la jugada y se acomoda para quedar bien ubicado y recibir el pase-gol es Jorge Valdano. Y aunque parezca mentira, Maradona también tiene tiempo para verlo. Incluso, luego en el vestuario le pidió disculpas por no haber encontrado espacio para dársela, y le comentó que durante toda la apilada buscó la forma de entregarle el balón, pero que no pudo porque los ingleses no lo dejaron.

Y el árbitro tunecino Ali Bennaceur también será testigo de la carrera, porque esta vez quiere garantizarse de que el gol es lícito y de que no habrá reclamos de los británicos, como ocurrió poco más de cuatro minutos antes, cuando el puño izquierdo de Maradona, o *La Mano de Dios*, empujó a la red la pelota y decretó el 1 a 0 para los argentinos.

El tiempo, irremediablemente, pasará. Diego superará a Fenwick casi llevándoselo puesto con su enviñón y un salto, con su amague dejará sentado en el césped del estadio Azteca a Peter Shilton y con su zurda definirá con suavidad frente al arco vacío, pese al insistente Butcher, que hará un último intento por evitar lo inevitable.

En las semifinales, le hará dos goles más a Bélgica, y el segundo será otro de los mejores de la historia. Y justo una semana después, el 10 conducirá a la Argentina a su segunda copa del mundo, al derrotar a Alemania por 3 a 2.

Pero por ahora Diego Armando Maradona respira hondo y tiene la pelota dominada. Sabe que está construyendo una obra de arte. Y cuando los genios trabajan, es mejor dejarlos tranquilos.

33

Héroes

El mundial de 1986 pudo haberse jugado en Colombia, pero se realizó en México, como consecuen-

cia de que el país cafetero desistió ser sede por conflictos internos.

El mundial de 1986 pudo no haberse jugado tampoco en México, porque un fuerte terremoto destruyó en septiembre de 1985 gran parte del Distrito Federal.

El mundial de 1986 pudo haberse disputado sin la presencia de la selección argentina, que se clasificó de manera agónica, empatándole a Perú 2-2, de local, con un gol de Ricardo Gareca a 10 minutos de que se termine el partido.

Pero finalmente, el mundial de 1986 se disputó en México y la Argentina fue uno de sus 24 participantes.

El equipo dirigido por Carlos Salvador Bilardo (que decidió no llevar al héroe Gareca a tierras aztecas) integró el Grupo A junto a Corea del Sur, el campeón defensor Italia y Bulgaria.

En el partido debut, la Argentina venció 3 a 1 a los asiáticos, que se destacaron por una terrible marcación sobre Maradona. Pero a diferencia de lo que había ocurrido en 1982, ahora los árbitros sí cuidaban al 10 albiceleste, y cada falta fue sancionada consecuentemente. Los goles: Jorge Valdano en dos ocasiones y Oscar Ruggeri, de cabeza.

El segundo encuentro fue contra los campeones vigentes. Italia fue un hueso duro de roer, sobre todo porque se puso en ventaja con un gol de penal de Alessandro Altobelli. Pero Diego frotó la lámpara por primera vez en el mes y con una pirueta imposible, descolocó al arquero Giovanni Galli, que salió de tes-tigo de que la pelota entró junto a su palo izquierdo.

La clasificación a los octavos de final se confirmó con un claro 2 a 0 a los búlgaros, con otro tanto de Valdano y uno de Jorge Burruchaga, ambos de cabeza.

El primer gran duelo se produjo en la siguiente fase, donde el rival fue Uruguay. La diferencia de calidad entre ambos equipos era notable (los orientales se habían clasificado casi de casualidad, y entre otras cosas habían perdido 6 a 1 con la sorprendente Dinamarca). Sin embargo, la historia del clásico, que ganó Argentina, provocó nerviosismo y pocos espacios. Pedro Pasculli fue el responsable de marcar el único tanto, después de una jugada en donde la pelota parecía descontrolada, e iba de las piernas de un jugador a las de otro como si estuviera en el medio de un flipper.

El siguiente escalón fue Inglaterra, donde una excepcional tarea de Maradona volcó en favor de la Argentina un partido parejísimo, que terminó 2 a 1.

Una sorprendente selección de Bélgica fue el último escollo antes de la gran final. Y fue otra vez Diego el que marcó la diferencia con dos golazos. El primero con la parte externa de su botín zurdo, de “cachetada”, y el segundo con una apilada majestuosa, sólo superada por el segundo a los ingleses.

La definición ante Alemania se disputó el 29 de junio en el estadio Azteca. Fue un partido duro y electrificante. La Argentina se puso arriba en el marcador con goles de José Luis Brown, que reemplazó de urgencia a Daniel Passarella y terminó siendo una de las revelaciones del torneo, de cabeza, y de Jorge Valdano, en una jugada que comenzó Nery Pumpido desde su arco y el

equipo la condujo de punta a punta hasta la red rival.

Cuando el partido parecía liquidado, Alemania reaccionó con su arma más eficaz: la pelota parada. Y así fue como de dos tiros de esquina, Karl Rummenigge y Rudi Vöeller establecieron la igualdad.

El desconcierto duró poco, porque el equipo argentino se sabía superior y estaba muchísimo mejor físicamente que los germanos.

Por eso, no extrañó que solo tres minutos después, Maradona, desde la mitad de la cancha, encontrara un hueco para que Burruchaga corra y corra solo hasta el arco rival, y definiera suave y cruzado ante la tardía del arquero alemán Harald Schumacher.

Los restantes siete minutos sólo sirvieron para que la Argentina impusiera su ritmo y mantuviera la pelota lejos de Pumpido.

Finalmente, el árbitro brasileño Romualdo Arppi Filho anunció el final del partido, que decretaba que la Argentina era campeón del mundo por segunda vez en su historia.

34

Los leones indomables

Pocas veces sucedió que un equipo despertara tanta simpatía y sumase a tantos hinchas neutrales a su favor durante un Mundial. Precisamente eso pasó con Camerún, en el Mundial de Italia 1990.

Todo comenzó en el partido inaugural, cuando el 8 de junio, los africanos sorprendieron al mundo al derrotar en Milán nada menos que a la Argentina de Maradona por 1 a 0, con gol de Francois Oman-Biyick y el juego violento de sus defensores (terminaron con 9, por dos terribles patadas a Claudio Caniggia).

Una vez superada la primera fase como líder del grupo B (venció a Rumania 2 a 0 y perdió 4 a 0 con la Unión Soviética), los camerunenses se enfrentaron a la Colombia de René Higuita, Carlos Valderrama y Freddy Rincón, entre otros.

El partido en Nápoles fue muy parejo y el 0 a 0 llevó todo al alargue. Recién al minuto del segundo tiempo suplementario, los africanos abrieron el marcador con un gran gol de Roger Milla, su veterano delantero de 38 años. El 1 a 0 todavía era remontable para los sudamericanos, pero cuatro minutos después, Luis Perea exigió a René Higuita cerca del círculo central, el excéntrico arquero tuvo un exceso de confianza y otra vez Milla le robó la pelota y se fue derecho al gol. Dos a cero y a otra cosa, aunque Redín descontó cerca del final.

Apodados a esta altura *Los Leones Indomables*, Camerún fue por más ante Inglaterra, por los cuartos de final, y ambos protagonizaron el mejor partido de un Mundial completamente olvidable en cuanto a juego, goles y emociones.

Otra vez en Nápoles, David Platt abrió la cuenta para los europeos. Parecía el final de la hazaña, pero Camerún todavía tenía más para mostrar. En solo cuatro minutos, Emmanuel Kunde y Eugene Ekeke dieron

vuelta la historia y pusieron a los africanos 2 a 1 arriba, a 25 minutos del final del partido.

El público, emocionado, se inclinó por el más débil y celebraba aquel momento histórico que estaba presenciando, o bien observando por TV desde algún lugar del planeta. Pero cuando faltaban 7 minutos, Gary Lineker clavó el 2 a 2 de penal y el partido fue al tiempo extra. Allí, la experiencia inglesa pudo más que las ganas camerunenses, y otra vez Lineker de penal, anotó el 3 a 2 que resultó definitivo.

La última imagen de estos *Leones Indomables* fue lo más parecido a una vuelta olímpica, saludando a todos y cada uno de los hinchas que llenaron el estadio San Paolo, y que los despidieron con una sincera y muy merecida ovación.

35

Branco y el bidón

Tal vez esta historia no forme parte de un gran momento. Pero por lo vergonzosa, y porque nos toca de cerca como argentinos, es necesaria sumarla.

El 24 de junio de 1990, en Turín, la selección argentina enfrentó a Brasil, por los octavos de final del Mundial de Italia. El duro rival fue una lógica consecuencia por haber realizado una fase de grupos pobre, en la cual el equipo pudo avanzar como “mejor tercero”, por detrás de Camerún y Rumania, y habiendo ganado un

partido, igualado otro y perdido el restante. Como suele decirse, la Argentina “se clasificó por la ventana”.

Como era de esperar, el partido fue complicadísimo para el campeón mundial vigente. Los brasileños realmente hacían lo que querían y sólo las buenas intervenciones de Sergio Goycochea, los palos y el travesaño, lograron que el 0 a 0 perdure con el correr de los minutos.

A los 39 minutos del primer tiempo, Ricardo Rocha le cometió una falta cerca del mediocampo a Pedro Troglio, que cayó dolorido y pidió asistencia. Al campo de juego ingresaron el doctor Raúl Madero y el masajista del plantel, Miguel Di Lorenzo, más conocido como *Galíndez*.

Además de atender al volante, *Galíndez* llevó dos cantimploras verdes con agua para refrescar a los futbolistas en la calurosa tarde turinesa. El primero que pidió agua fue Ricardo Giusti, que en apariencia no la tomó, pero que luego se la compartió a Branco. Poco después, Pedro Monzón tomó la otra caramañola, pero *Galíndez*, rápido, le pegó un grito, y el defensor no sólo devolvió el envase, sino que escupió todo lo que había tomado y, en cambio, se llevó una botella de agua transparente.

Por lo que se ve en los videos, cuando era un argentino el que pedía agua, recibía a cambio una botella plástica transparente. Cuando el que solicitaba un refresco era un brasileño, recibía la cantimplora verde...

Después de ese momento, Branco comenzó a marearse, y si bien lo disimuló como pudo, era evidente que no estaba lúcido. Perdía pelotas fáciles, daba pases sin destino y por momentos hasta le erraba al

balón. Algo había pasado.

“La historia es cierta. Después de una lesión, nos acercamos y Galíndez nos dio unos bidones. Yo tomé de otro, pero Branco se llevó el que tenía la sustancia somnolienta. Justo él que ejecutaba los tiros libres”, confesó José Basualdo, integrante del equipo, en una nota publicada por el diario La Nación en enero de 2005, quince años después del incidente.

Poco antes, más precisamente el 15 de diciembre de 2004, fue Maradona el que había dado más detalles, en el programa *Mar de Fondo*, que transmitía TyC Sports.

“Cuando algunos fueron a tomar agua, casi la toma Olarticoechea. Yo le dije: «¡No, Vasco, no!». En cambio a Valdo le decía: «Andá, Valdito, tomá que hace un calor bárbaro». Se dieron cuenta, pero Branco se la tomó toda, pateaba los tiros libres y se caía, veía nublado. Alguien picó un Royphnol (un tranquilizante) en el bidón y se pudrió todo”, resumió Diego, con lujo de detalles.

“Tomé agua de una botella y me sentí atontado, pude tener un ataque, o un problema de salud. Incluso pude haber dado positivo en el control antidoping”, se quejó, años después, Branco, a quien Oscar Ruggeri recién le contó lo que había pasado en Italia, en un amistoso entre la Argentina y Brasil, disputado en 1994 en Recife.

Los dos personajes de la historia que más se ofenden cuando le preguntan por ese asunto son Carlos Bilardo y el propio Galíndez. El técnico alguna vez le confesó a la revista Veintitrés que “alguna trampita” había hecho porque aquel partido “había que ganarlo como sea...”, en cambio el masajista se mantuvo siempre

imperturbable, y hasta se ofende cuando lo llaman de distintos países. “Ensucian mi imagen”, acusa.

Cuando desde Brasil pidieron que la FIFA investigue el caso, en la Argentina se lo tomaron a broma. “Va a haber que buscar al bidón para que hable”, dijo el presidente de la AFA, Julio Grondona, en 2004, sostenido por la impunidad de saber que no hay manera de comprobar la supuesta intoxicación.

Resultaría muy injusto decir que Brasil perdió el partido porque el cuerpo técnico de la Argentina intoxicó a Branco. Sobre todo por Diego Maradona, autor de una jugada personal maravillosa, que finalizó con un pase perfecto a Claudio Caniggia y una enorme definición del delantero luego de eludir a Taffarel.

Sin embargo, en Turín la selección argentina hizo trampa. Y, para colmo, los protagonistas no aguantaron el secreto.

36

El héroe imprevisto

Dicen que Sergio Goycochea le debe su fama a dos colegas.

Dicen que el primero que le permitió a Goyco estar en Italia 1990 fue Luis Islas, quien se fue del plantel mundialista harto de no ser nunca titular.

Dicen que el segundo fue el propio Nery Pumpido, que durante el segundo tiempo del partido entre la

Argentina y la Unión Soviética, chocó con su compañero Julio Olarticoechea, se quebró la tibia y el peroné, y se despidió del torneo.

Dicen que el Vasco, apenas atinó a mover un poquito los brazos en círculo antes de ingresar con su buzo verde y el 12 en la espalda.

Dicen que en la primera jugada, en un corner a favor de los soviéticos, Diego Maradona evitó la caída del arco argentino desviando el balón con el antebrazo derecho.

Dicen que era penal, pero el juez sueco Erik Fredriksson no lo cobró.

Dicen que en una actuación mediocre, la Argentina se clasificó de manera agónica a los octavos de final como uno de los cuatro mejores terceros.

Dicen que en la siguiente fase el equipo albiceleste se enfrentó a Brasil.

Dicen que Goycochea aún hoy no sabe cuántos pelotazos de los brasileños rebotaron en los palos y el travesaño de su arco.

Dicen que nadie sabe bien cómo hizo el Vasco para mantener su valla invicta.

Dicen que el arquero nunca quiso contar qué pasó realmente con el famoso bidón que intoxicó a Branco.

Dicen que Goyco todavía hoy se emociona recordando la corrida de Maradona y el pase justo a Caniggia, para que el Pájaro defina ante la salida a Taffarel y decrete el 1 a 0 final en un partido increíble.

Dicen que el Vasco le pidió a sus compañeros que lo pellizquen porque no lo podía creer.

Dicen que en cuartos de final, ante Yugoslavia, cuando el partido (malísimo) terminó 0 a 0, se hizo cargo de la situación y le dijo a Maradona: “Ustedes metan todos que yo saco dos”.

Dicen que cumplió, que le detuvo los remates a Dragoljub Brnovic y a Faruk Hadzibegic y le permitió a la Argentina ganar 3 a 2 y acceder a las semifinales.

Dicen que el 12 se amargó mucho cuando Totó Schillaci anotó el 1 a 0 para Italia en clara posición adelantada.

Dicen que por eso celebró tanto el empate de Caniggia.

Dicen que a diferencia del encuentro con Yugoslavia, ante los tanos le dio mucha bronca definir por penales, porque el equipo fue superior a los locales en los 120 minutos.

Dicen que de todas maneras asumió la responsabilidad y, por las dudas, repitió la cábala de hacerse pis en los guantes.

Dicen que cuando le paró el remate a Roberto Donadoni, la emoción lo paralizó.

Dicen que hasta el día de hoy sus hijos lo cargan por la manera en que salió a festejar después de atajarle el penal a Aldo Serena y garantizar el pase de la Argentina a la final.

Dicen que en la final ante Alemania soñó con volver a ser el héroe.

Dicen que con las uñas rozó el remate perfecto de Andreas Brehme, que se convirtió en el 1 a 0 para los germanos.

Dicen que insultó en varios idiomas por haber atajado cuatro penales y no haber podido detener el que definió la final.

Dicen que pese a la paradoja de perder la Copa por un penal, Goyco volvió a su casa orgulloso y feliz por su actuación consagratoria.

Dicen que todavía hay gente que por la calle le agradece aquella tarea.

Y dicen que él, a pesar de los años, todavía se sigue ruborizando cuando eso ocurre.

37

El Kaiser

Cuando el 8 de julio de 1990, Alemania se consagró campeón por tercera vez en su historia al derrotar a la Argentina por 1 a 0, hubo un hecho que se convirtió en casi único.

Esa noche, en el estadio olímpico de Roma, Italia, Franz Beckenbauer cumplió un sueño y se convirtió en uno de los dos hombres de todo el planeta en consagrarse campeón mundial como futbolista y como entrenador (el otro es el brasileño Mario Zagallo)

Hablar del *Kaiser* es hablar de un hombre que supo ser líder, capitán, figura y referente en la Alemania campeona de 1974, y que entendió cómo disfrutar de la transición post retiro hasta comenzar de nuevo en el rol de DT.

Su capacidad de mando y su perfección táctica lo condujeron a que rápidamente se convirtiera en una pieza clave de la selección germana.

Seguramente, su aplomo y su ímpetu fueron aspectos fundamentales para que la Alemania Federal no decaiga anímicamente cuando a los dos minutos de juego de la final del 1974 ante Holanda ya perdía 1 a 0.

Incluso, ese día estuvo a punto de marcar un golazo, cuando, de tiro libre, casi cuelga la pelota de un ángulo después de apenas rozarla y “picarla” con la parte posterior de su botín derecho, en una jugada en la que exhibió toda su categoría, pese a que la sensacional volada de Jan Jongbloed impidió el tanto.

La postal del *Kaiser* alzando la Copa seguramente es una de las más recordadas por el pueblo alemán. Pero lejos de conformarse, Beckenbauer fue por más.

En México '86 tuvo la primera gran chance de coronarse campeón como entrenador de la selección germana. Pero Maradona y compañía le negaron esa posibilidad. Cuatro años debió esperar para tener su revancha y, finalmente, concretar su sueño.

38

Morir por un gol (en contra)

Colombia llegó al Mundial de Estados Unidos 1994 creyendo que era una seria candidata a coronarse campeón.

El contundente 5 a 0 que le había clavado a la Argentina en el estadio Monumental en septiembre de 1993 por las eliminatorias sudamericanas había mareado a los fanáticos del país cafetero.

Para colmo, el sorteo pareció favorable: grupo A junto a Estados Unidos, Suiza y Rumania.

El baño de realidad llegó rápido. Los rumanos los vencieron por un claro 3 a 1, resultado que complicó las ilusiones de pasar a octavos de final.

En el siguiente encuentro, Colombia se jugó el todo por el todo frente a la selección local, de escasa experiencia futbolística, pero con el lógico favoritismo que implicaba ser la anfitriona.

A los 35 minutos de juego, en una jugada desafortunada, el defensor Andrés Escobar quiso interceptar un centro y terminó descolocando a su arquero, Oscar Córdoba, y enviando el balón al fondo de su arco. Era el 1 a 0 para los norteamericanos.

Earnie Stewart amplió la ventaja, y el *Tren Adolfo Valencia* decoró el resultado sobre la hora. 2 a 1 para los locales. El triunfo de Rumania sobre Estados Unidos terminó por sentenciar la suerte de Colombia: para casa antes de tiempo. De candidatos al título a eliminados en primera rueda. Creer o reventar.

Pero la desgracia deportiva se convirtió en tragedia.

De regreso a su país, Escobar pidió vacaciones. Y unos diez días después fue asesinado de seis tiros, en el estacionamiento de un boliche llamado 'El Indio', ubicado en las afueras de Medellín.

El estupor fue general, tanto en Colombia como en todo el planeta, sobre todo en Estados Unidos, donde siguió disputándose el Mundial.

Las pericias determinaron que el defensor murió mientras era trasladado a un hospital.

Humberto Muñoz Castro fue identificado como el autor del hecho. Era guardaespaldas de un par de hermanos que tenían fuertes vínculos con el narcotráfico y, aparentemente, con las apuestas deportivas en Colombia. En resumen: a Escobar lo habían matado por considerarlo culpable de la pronta eliminación del seleccionado en Estados Unidos. Una locura total.

Mauricio Serna, René Higuita y Víctor Hugo Aristizábal, sus compañeros en el seleccionado, fueron los que reconocieron el cuerpo de Escobar, y prácticamente todos los integrantes del plantel vivieron los días posteriores al asesinato del defensor Escobar con una fuerte custodia policial, para impedir situaciones similares.

Muñoz Castro fue condenado a 43 años de prisión, pero la pena se redujo a 23, luego de la modificación del Código Penal colombiano, en 2001.

El asesino de Escobar debía salir de la cárcel en 2017. Sin embargo, en octubre de 2005 recibió un beneficio extracarcelario y salió en libertad, algo que fue fuertemente criticado por la sociedad y los medios.

39

Pesadilla

Diego Armando Maradona llora, sentado en una cama. Hace unos instantes se enteró de que su control antidoping del partido ante Nigeria dio positivo. No solo eso, también le informaron que la AFA, para evitar una sanción mayor, decidió apartarlo del plantel mundialista. Su ilusionante participación en Estados Unidos 1994 es historia.

Diego llora y no hay nadie que lo calme. El se había retirado de la selección argentina en 1991, días después de que Alemania ganó la final del Mundial 1990 en Italia.

Después del retiro del 10 y de que Alfio Basile sucedió a Carlos Bilardo como entrenador del equipo, comenzó una etapa de renovación, que también fue muy fructífera en lo que a juego y a títulos se refiere, con dos Copas América y nada menos que 33 partidos sin conocer la derrota.

Pero el lapidario 5 a 0 de Colombia cambió los planes de todos los protagonistas. Por eso fue que Basile debió recurrir al ídolo retirado, para disputar un repechaje con Australia, en busca del boleto mundialista.

Después del 1 a 1 en tierras oceánicas, el equipo albiceleste se clasificó con un ajustado 1 a 0 en el Monumental.

La cantidad y calidad de buenos jugadores permitían soñar con un nuevo título mundial. Luis Islas, Sergio Goycochea, Oscar Ruggeri, Fernando Redondo, Abel Balbo, Maradona, Claudio Caniggia, Gabriel Batistuta y jóvenes como Diego Simeone y Ariel Ortega, entre otros conformaban el *Dream Team* de la selección argentina.

El debut no podía haber sido mejor. Con tres goles de Batistuta y una obra de arte firmada con la pluma de la zurda mágica de Diego, la Argentina aplastó 4 a 0 a Grecia y los ojos del mundo se enfocaban en Maradona, que después de una de sus tantas dietas, estaba impecable físicamente, listo para demostrar y demostrarse que seguía vivo.

El 10 había llegado a Estados Unidos con otro incentivo: si jugaba al menos tres encuentros, se convertiría, con 21 partidos, en el futbolista con más presencia mundiales en toda la historia, ya que había disputado 4 en España 82, 7 en México 86 y 7 en Italia 90.

El segundo partido, ante Nigeria, fue el 25 de junio de 1994. El cotejo fue muy disputado, y los africanos se pusieron en ventaja con gol de Samson Siasia.

La Argentina reaccionó y Claudio Caniggia marcó el 1 a 1, luego de que el arquero diera rebote tras un característico misil de Batistuta en un tiro libre.

Poco después, el mismo Caniggia clavó el 2 a 1 tras una avivada, al pedirle a Maradona que saque rápido otro tiro libre, sobre la izquierda, y luego colgar la pelota del ángulo africano.

La fiesta era completa: dos partidos jugados, dos

ganados, seis goles a favor y apenas uno en contra.

La cara feliz de Diego, saliendo del campo de juego de la mano de la enfermera María de Rodríguez, que lo fue a buscar para llevarlo al control antidoping, no podía demostrar más alegría.

Pero apenas unos días después las risas le dejaron lugar a las lágrimas y el sueño se convirtió en pesadilla.

Los rumores de doping explotaron como una bomba en la concentración argentina, en el Babson College de Boston. Y aunque en un primer instante se habló de que el positivo tal vez era del defensor Sergio Vázquez, la cruda realidad se convirtió en un balde de agua fría cuando se confirmó que era de Maradona.

Por eso Diego llora. Porque sabe que le “cortaron las piernas”. Y nadie puede consolarlo...

40

Gloryland (Tierra de Gloria)

En cuanto a lo futbolístico, el Mundial de Estados Unidos fue olvidable por donde se lo mire.

Todo comenzó con una fiesta inaugural en la que la artista norteamericana Diana Ross debía patear un penal y romper un arco... que se rompió de todas maneras a pesar de que el remate de la cantante lejos pasó de los tres palos.

El del '94 fue también el Mundial del doping de

Diego Maradona, que terminó con la exclusión del 10 y con la posterior eliminación argentina. Y ni hablar del salvaje asesinato de Andrés Escobar, defensor de Colombia baleado por... haber marcado un gol en contra.

En ese contexto, hubo lugar para que el camerunés Roger Milla le convirtiera un gol a los soviéticos a los 42 años y se transforme en el goleador más veterano de la historia, y que en el mismo partido Oleg Salenko marque cinco tantos y establezca otra plusmarca. El partido lo ganaron los europeos 6 a 1.

Tal vez, lo más trascendente fue el ejemplo que dio el defensor italiano Franco Baresi, que a los 34 años tuvo la desgracia de romperse los meniscos en el partido debut ante Noruega, el 24 de junio.

Para cualquier otro futbolista, aquello era la despedida de la competencia. No para el emblema de la azzurra. Artroscopía mediante, Baresi regresó a la titularidad tres semanas después, para defender los colores de Italia ante Brasil, en la final del Mundial. Nada más y nada menos.

El partido fue malísimo, con prácticamente nulas jugadas de riesgo y evidentes signos de miedo. Lejos estuvieron de reeditar la final que habían disputado 24 años antes en México. Aquí, podrían haber jugado cuatro días seguidos que habrían mantenido el 0 a 0.

La primera final que terminó sin goles también fue la primera en definirse por penales. Allí, Brasil se consagró gracias a los remates marrados por Baresi (la hazaña no pudo ser completa), Daniele Massaro y Roberto Baggio.

Pese a la alegría brasileña por ponerle fin a 24 años de sequía, el rótulo de peor final de la historia no se lo pudieron quitar jamás.

Y el legado de Estados Unidos, que quiso imponer y popularizar el fútbol, terminó siendo un rotundo fracaso.

41

El gol de Oro

En su afán de optimizar los tiempos, evitar la especulación de los penales y a la vez hacer más entretenido el juego, la FIFA probó en el Mundial de Francia 1998 con una innovación: cuando un partido de eliminación directa finalizaba empatado, el equipo que convertía el primer gol en la prórroga era directamente el ganador. Con el tiempo el método fue eliminado por la FIFA y se volvió al viejo esquema de dos tiempos suplementarios de 15 minutos cada uno, y tiros penales de persistir la igualdad.

Popularizado como *El gol de oro*, esta curiosa, y luego retirada, manera de definir un partido sólo pudo utilizarse una vez en toda la historia de los mundiales.

El partido que Francia y Paraguay disputaron por los octavos de final del torneo fue parejísimo. El 28 de junio, en el soleado Stade Félix Bollaert de Lens, el 0 a 0 parecía inamovible.

Ni en los 90 reglamentarios ni en el suplementa-

rio los locales encontraban huecos en la férrea defensa guaraní, ni los visitantes lograban llegar con peligro al arco defendido por Fabien Barthez.

Pero cuando restaban 7 minutos y el desenlace parecía tomar un rumbo directo a los penales, y en uno de los tantos desesperados intentos de los galos, Robert Pires envió un centro al área, Zinedine Zidane, paradito en el punto penal apenas tocó la pelota con su cabeza pero lo suficiente para dejársela servida a Laurent Blanc, quien desde casi el ángulo izquierdo del área chica definió el encuentro, pese a la rápida salida de José Luis Chilavert.

La falta de costumbre en eso que en el barrio llamamos “Mete gol gana” hizo que al comienzo Blanc y algunos de sus compañeros no comprendan que el partido se había terminado. Incluso Barthez, en el arco de enfrente, se demoró en salir corriendo a abrazar a sus compañeros. Y hasta algún hincha desatento le preguntaba al de al lado por qué se abrazaban si todavía faltaban siete minutos...

La imagen de Chilavert levantando uno por uno a sus abatidos compañeros fue realmente conmovedora, porque los paraguayos realmente tuvieron en jaque al que luego se consagró campeón del mundo. Sin dudas, fue el equipo que más complicó a los locales en toda la competición.

El tanto de Blanc fue el único *Gol de oro* de toda la historia de los mundiales, porque la FIFA finalmente comprendió que esa manera de sentenciar el partido, no sólo no erradicaba la especulación, sino que la aumentaba, porque los equipos que se sentían

inferiores, ya sea física o futbolísticamente, se protegían cerca de su arco a fin de evitar un gol rival y así aguantar y llegar a los penales.

Este sistema de definición, también llamado *Muerte súbita*, dejó de utilizarse en partidos oficiales en 2004.

42

De villano a héroe

Por lo general, ante la eliminación de un seleccionado en un Mundial, tanto los fanáticos como la prensa especializada buscan, fabrican y señalan a un culpable. Como si una sola pieza sea la responsable de hacer saltar los fusibles.

Ese fue el caso del inglés David Beckham, una vez que el conjunto británico se quedó eliminado en octavos de final de Francia '98, a manos de la Argentina.

La historia es así. Los británicos habían depositado mucha expectativa en el joven Beckham. Y cuando la Argentina apareció en el camino, sintieron que era una buena ocasión para tomarse revancha de aquella derrota en México, 12 años antes.

En un partido parejo y reñido, ambos seleccionados terminaron 2 a 2 el primer tiempo. Apenas inicia la segunda parte, y en una jugada aislada en el medio del campo de juego, Beckham fue a disputar un balón con Diego Simeone. El *Cholo* le dio un claro to-

petazo al 8 de los blancos, que desde el suelo reaccionó y le tiró un “tacazo” a la pantorrilla izquierda.

Los gritos, las señas y la exageración de Simeone lograron el objetivo. El árbitro danés Kim Nielsen decidió expulsar a Beckham, en una decisión que pareció exagerada. Inglaterra se quedaba con 10 en el arranque de la etapa final.

La posterior eliminación de los británicos en los penales, potenció aquella tarjeta roja. Y la prensa lo destrozó. Por ejemplo, el diario The Mirror tituló: “10 Heroic Lions, One Stupid Boy” (10 leones heroicos y un niño estúpido).

Durante buena parte de esos cuatro años entre un Mundial y otro, Beckham vivió con mucha vergüenza aquel error, y siempre estuvo atento a buscar una manera de reivindicarse.

Por eso, cuando en el sorteo del Mundial 2002 Inglaterra quedó emparejada en el mismo Grupo F que la Argentina (con Suecia y Nigeria), el Golden Boy supo que había llegado la gran oportunidad.

El 7 de junio de 2002, en Sapporo, Japón, David Beckham jugó uno de los partidos más importantes de su carrera con la camiseta de la selección. Y estuvo a la altura de ello. Para colmo, en un encuentro cerrado, una falta dentro del área de Mauricio Pochettino a Michael Owen le dio la gran oportunidad a los 44 minutos del primer tiempo.

Su remate de derecha fue fuerte y rasante, levemente sobre la izquierda de Pablo Cavallero, que se quedó parado en el medio del arco. El capitán de los

Europeos salió disparado hacia el corner izquierdo, y allí celebró con todas sus ganas. Era el 1 a 0 que resultaría definitivo.

David Beckham había dejado atrás cuatro años de culpa y se convertía en héroe...

43

El final menos pensado para un gran equipo

La selección argentina que viajó al Mundial de Japón y Corea del Sur 2002 lo hizo con una enorme ilusión.

Su juego vistoso y su fácil clasificación a la competencia, dominando con autoridad las Eliminatorias Sudamericanas, habían posicionado al equipo conducido por Marcelo Bielsa entre los máximos favoritos a alzar la Copa en suelo asiático.

Sin embargo, aquel que era imaginado como campeón, se despidió en la primera fase, ante el estupear de propios y ajenos.

Al 1 a 0 a Nigeria en el debut le siguió un 0-1 ante Inglaterra. Claro que la buena tarea de Suecia complicó la clasificación a octavos.

Con tres puntos en su haber, el conjunto albiceleste enfrentó el 12 de junio en Osaka a los suecos, quienes al igual que Inglaterra sumaban 4 unidades. Con una victoria, la Argentina no sólo pasaba de rueda, sino que hasta podía hacerlo como líder.

La Argentina jugó el mejor de sus tres partidos del Mundial, y creó no menos de 10 situaciones claras de gol. Sin embargo, la pelota no quiso entrar. Para colmo, con el correr de los minutos los nervios comenzaron a jugar. Encima, cuando se jugaban 14 minutos del segundo tiempo, Matías Almeyda cometió una falta unos 10 metros antes del área argentina.

Anders Svensson se paró frente a la pelota, y unos segundos después le pegó con una comba perfecta, la clavó en el arco de Cavallero y puso las cosas 1 a 0 para Suecia. Los rostros argentinos estaban desencajados. Hacían falta dos goles para seguir en el Mundial.

El equipo siguió generando situaciones y atacando, pero esa tarde la suerte estaba echada. No habría manera de ganar ese partido. Como las historias de amor sin final feliz, ese no era el día, ni el momento, ni el Mundial. Si hasta el agónico empate logrado por Hernán Crespo casi sobre el final del partido fue tras un rebote que dio el arquero Magnus Hedman en un penal ejecutado por Ariel Ortega.

El pitazo final del árabe Ali Mohamed Bujsaim dio lugar a una serie de imágenes impensadas para un equipo que soñaba con levantar la Copa y se volvió en primera rueda. Se habló de fracaso y de desilusión, aunque el extraordinario trabajo realizado por Marcelo Bielsa tuvo su premio, cuando la AFA decidió renovarle su contrato pese a la frustración mundialista, algo que no había ocurrido en los últimos 40 años.

Exceso de confianza, de entrenamiento o de lo

que fuere, lo concreto es que aquel equipo estaba para más y no pudo ni supo demostrarlo en la red, para tristeza de todos.

44

Los chicos se hacen grandes

El Mundial de Japón y Corea 2002 fue escenario de grandes campañas de pequeñas selecciones.

La primera sorpresa la dio Senegal, que le ganó 1 a 0 a Francia, el campeón vigente, en el partido inaugural, emulando lo que había logrado Camerún ante la Argentina en la apertura del Mundial de Italia 1990.

Los alegres africanos se dieron otro lujo: eliminar a Uruguay en la fase de grupos (goleaba 3 a 0 y terminaron 3 a 3). Y también superaron los octavos de final, donde derrotaron a Suecia 2 a 1.

El camino senegalés se terminó en cuartos de final, donde el equipo quedó eliminado ante Turquía, que lo venció por 1 a 0 en tiempo suplementario.

Precisamente los turcos fueron otra de las revelaciones del campeonato. Llegaron al tercer partido de la fase de grupos con apenas un punto, pero su goleada a China y el 5 a 2 de Brasil a Costa Rica les permitió avanzar a octavos. En esa instancia, dejaron atrás a Japón y en las semis se toparon otra vez con Brasil, quien lo derrotó 1 a 0. De todas maneras, los turcos lo-

graron su mejor actuación histórica al ganarle 3 a 2 el partido por el tercer puesto a Corea del Sur.

El caso de los surcoreanos merece un párrafo aparte. Porque si bien es normal que los anfitriones superen la fase de grupos, en este caso la ayuda arbitral resultó más que evidente.

En los octavos de final, la primera víctima fue Italia. Christian Vieri había marcado el 1 a 0 para los europeos, pero a dos minutos del final igualó Seol Ki-Hyeon, para delirio de los locales. El trabajo del juez ecuatoriano Byron Moreno fue bastante pobre. Dejó pegar más de la cuenta a los asiáticos, y a la vez fue muy severo con los italianos.

Cuando quedaban tres minutos, Ahn Jung-Hwan clavó el 2 a 1 para los surcoreanos y la azzurra se volvió a casa masticando bronca.

En cuartos de final llegó España. El partido fue realmente parejo, al punto que terminó 0 a 0 y tuvieron que jugar 30 minutos de tiempo suplementario con el sistema de “Gol de Oro”. El que hacía el gol, se clasificaba automáticamente a las semifinales.

Apenas comenzó la prórroga, Fernando Morientes marcó un gol. Pero de manera errónea, el árbitro egipcio Gamal Al-Ghandour lo anuló por considerar que la pelota se había ido afuera en la jugada previa.

Pese al nerviosismo provocado por sentirse robado, España siguió atacando. Morientes pegó un tiro en el palo, y el juez interrumpió tres ataques de los europeos por inexistentes fuera de juego. Fue tal el descaro, que Morientes terminó amonestado por pro-

testar. Como era de imaginar, el alargue terminó justo cuando España se preparaba para realizar un corner.

En los penales, Corea del Sur tuvo mejor puntería, ganó 5 a 3 y se clasificó por primera vez a las semifinales, donde Alemania ajustició a los asiáticos y los venció por 1 a 0.

Pese a todo, Corea del Sur logró su mejor actuación histórica al finalizar cuarto en el Mundial que organizó junto a Japón. Y eso es algo que nadie puede quitar de las estadísticas.

45

El Fenómeno

El fútbol brasileño se caracterizó siempre por su jogo bonito y por sus cracks. Uno de ellos trascendió las fronteras y marcó tantos goles en tantos grandes equipos diferentes, que fue bautizado sencillamente, *El Fenómeno*.

Por si todavía no se dieron cuenta de quién hablamos, va otra pista. Su nombre completo es Ronaldo Luís Nazário de Lima.

El goleador histórico de los Mundiales jugó cuatro Copas, ganó dos y fue subcampeón en la otra. Disputó 19 partidos y anotó 15 tantos.

Pero más allá de su fiereza en el área, con lo que más sobresalió fue con su simpatía y cordialidad. Seguramente por eso fue que ese morocho de sonrisa con

paletas separadas se convirtió rápidamente en un imán para las grandes marcas de indumentaria deportiva.

Su simpleza y su profesionalismo le permitió ser ídolo de equipos antagónicos, como Barcelona y Real Madrid, en España, y Milan e Inter, en Italia.

La relación del *Fenómeno* con los Mundiales fue extraña, porque si bien es cierto que fue campeón en Estados Unidos 1994, también es un hecho que no disputó ni un partido. Con apenas 18 años y la 20 en su espalda, vio sentadito como el equipo de Romario y Bebeto alzaban la Copa y dejaban atrás 24 años de frustraciones. Las sensaciones eran encontradas. Alegría y desilusión se entremezclaban...

Ronaldo le apuntó con todo a Francia '98, la cita mundialista siguiente. Ya como hombre de Inter de Milan, el 9 fue titular en los siete partidos y anotó cuatro goles. Sin embargo, otra vez apareció el trago amargo. En la final, y ante la selección local, el delantero fue una sombra, prácticamente no tocó la pelota y los galos golearon 3 a 0 y se coronaron campeones por primera vez.

Posteriormente se habló de un malestar estomacal del Fenómeno (que incluso, habría vomitado en el vestuario antes de salir a jugar), y hasta trascendió que la presencia del crack fue impuesta por la empresa que entonces vestía a Brasil, pero nada de esto fue probado de manera fehaciente.

La calculadora humana funcionaba bien en la cabeza de Ronaldo. A Japón/Corea 2002 llegaría en una edad ideal de maduración: 26 años. Sin embargo, el destino lo puso a prueba. Y no una, sino dos veces.

El 21 de noviembre de 1999, defendiendo la camiseta de Inter ante Lecce, el goleador se rompió parcialmente el tendón rotuliano de su rodilla derecha. Luego de seis meses, su regreso se anunció con bombos y platillos para el 12 de abril de 2000 ante Lazio. Unos pocos minutos después, el mundo vio en vivo y en directo como Ronaldo se rompía por completo el tendón rotuliano de su rodilla derecha. Otra vez al quirófano, la inactividad y un manto de duda sobre su futuro.

Dueño de un amor propio ejemplar, el *Fenómeno* no sólo se recuperó, sino que volvió mejor que antes. En lo referido a clubes, integró el famoso equipo de *Galácticos* de Real Madrid, junto a cracks como el inglés David Beckham, el portugués Luis Figo y el francés Zinedine Zidane. Y a nivel selección, se preparó como nunca para consagrarse en Japón/Corea 2002.

En suelo asiático, Ronaldo marcó 8 goles en seis partidos, incluidos los dos decisivos en la final ante Alemania. Inglaterra, en cuartos, fue el único que no lo sufrió.

No conforme con su coronación personal, *el Fenómeno* fue por más y viajó a Alemania 2006 con un objetivo: marcar al menos tres goles y superar los 14 del germano Gerd Müller.

Después de los dos goles a Japón en la fase de grupos, Ronaldo, el 27 de junio de 2006, en la ciudad alemana de Dortmund y a las 17.05, le marcó el 1 a 0 a Ghana, por los octavos de final, y se convirtió en el máximo goleador histórico, con 15 conquistas. Y aunque todavía se mantiene la polémica sobre su primer tanto

a Costa Rica en el 2002, aparentemente convertido por Luis Marin en contra, pero concedido al brasileño por el árbitro, y la posibilidad real de que el alemán Miroslav Klose, que hasta ahora anotó 14, lo supere en Brasil 2014 lo único cierto es que este hombre nacido el 22 de septiembre de 1976 en Rio de Janeiro es uno de los mejores delanteros de la historia de los Mundiales.

Detalle de los 15 goles en Mundiales de Ronaldo:

1: Brasil 3-0 Marruecos (1-0)

Mundial 1998 - Primera Fase

2: Brasil 4-1 Chile (3-0)

Mundial 1998 - Octavos de Final

3: Brasil 4-1 Chile (4-1)

Mundial 1998 - Octavos de Final

4: Brasil 1-1(4-2p.) Países Bajos (1-0)

Mundial 1998 - Semifinal

5: Brasil 2-1 Turquía (1-1)

Mundial 2002 - Primera Fase

6: Brasil 4-0 China (4-0)

Mundial 2002 - Primera Fase

7: Costa Rica 2-5 Brasil (0-1)

Mundial 2002 - Primera Fase

8: Costa Rica 2-5 Brasil (0-2)

Mundial 2002 - Primera Fase

9: Brasil 2-0 Bélgica (2-0)

Mundial 2002 - Octavos de Final

10: Brasil 1-0 Turquía (1-0)

Mundial 2002 - Semifinal

11: Alemania 0-2 Brasil (0-1) Mundial 2002 - Final

12: Alemania 0-2 Brasil (0-2) Mundial 2002 - Final

Sin embargo, pese al lógico fastidio por no poder ayudar al equipo desde adentro, el crack de Barcelona ya demostraba ante los micrófonos su manera de pensar, siempre lejos de toda polémica.

En ese mismo Mundial, donde llegó con 18 años, Messi marcó su primer gol en la Copa. Fue el 16 de junio, cuando anotó el último en el contundente 6 a 0 ante Serbia y Montenegro.

Consciente de su juventud, Lionel declaraba entonces: “Yo pensaba jugar mi primer Mundial en el 2010 y sin embargo Pekerman me trajo a Alemania. Soy de los que creen que hay que hacer las cosas paso a paso, sin exagerar, sin pretender, y puedo esperar tranquilamente mi turno”, dijo. Y agregó: “No es justo pedir más espacio en el equipo. La selección argentina está a un nivel altísimo, quizá el más alto de todos los que disputan el Mundial”.

De todas maneras, en el imaginario colectivo quedó flotando algo imposible de saber: ¿Qué hubiera pasado si Messi entraba ante los germanos?

En los cuatro años posteriores, la Pulga evolucionó de una manera notable y se convirtió en el mejor del mundo. Su dupla con Maradona, DT argentino en Sudáfrica 2010, generó ilusión. Pero luego de una accesible fase de grupos (Nigeria, Corea del Sur y Grecia) y de dejar en el camino a México en octavos, otra vez Alemania apareció en el camino, esta vez para aplastar al equipo albiceleste con un contundente 4 a 0 y dejarla de nuevo afuera de las semifinales.

El nuevo gran objetivo de Messi se enfocó en

Brasil 2014, Mundial al que arribará con casi 27 años (los cumplirá el 24 de junio). Pero, imposibilitados de hacer futurología, lo que él y el seleccionado hagan allí, seguramente será material para un nuevo capítulo de un nuevo libro.

48

Zidanes en el ring

El francés Zinedine Zidane siempre se caracterizó por dos cualidades: su enorme calidad como futbolista, y sus reacciones inesperadas para hacer justicia por mano propia.

A lo largo de los años, *Zizou* deslumbró con su elegancia y su juego. Pero también fue protagonista de varias trifulcas en las que terminó expulsado por reaccionar.

Así como en los noticieros se exhibe el resumen de un partido de fútbol, en el caso de Zidane, lo que pasó durante el Mundial de Alemania 2006 bien podría ser el racconto de su vida profesional.

El volante francés había anunciado poco antes de que comience la Copa que allí se terminaría su carrera como futbolista profesional. Y el asunto casi termina pronto, porque un opaco 0 a 0 con Suiza y un olvidable 1 a 1 con Corea del Sur dejó a los galos al borde de la eliminación en primera fase. Y encima, como había sido amonestado en ambos partidos, Zidane se quedó afuera del decisivo encuentro con Togo.

El 2 a 0 ante los africanos y la clasificación a octavos de final potenciaron al equipo conducido por Raymond Domenech. Ante España, tanto *Zizou* como todo el conjunto galo mostró otra imagen. La superioridad fue notable, y futbolísticamente la humillación fue mayor que el 3 a 1 que exhibió el resultado.

En cuartos de final, y frente a Brasil, Zidane brindó tal vez su último concierto como futbolista. El francés literalmente hizo lo que quiso. No sólo no pudieron sacarle el balón, sino que realizó todo tipo de lujos, y todos les salieron a la perfección. Las críticas que había recibido en la fase de grupos se acallaron, y le dieron paso a elogios superlativos. Fue 1 a 0, el mismo resultado que en las semis ante Portugal.

Cuando al minuto de juego de la final con Italia, el propio Zidane marcó de penal el 1 a 0, todo parecía cerrar. Era el final soñado para una carrera profesional indiscutible por donde se la mire. Campeón de todo con varios equipos, *Zizou* colgaba los botines dándole a Francia su segunda Copa del Mundo.

Pero a veces, los finales felices sólo se dan en las películas. En este caso, el rudo defensor Marco Materazzi igualó de cabeza y la paridad continuó hasta que finalizó el tiempo reglamentario. En el suplementario, Zidane tuvo dos chances claras de desnivelar, pero el arquero Gianluigi Buffon las evitó con esfuerzo.

Cuando quedaban nada más que 10 minutos para el final de los 30 minutos de alargue, sucedió lo que nadie imaginaba. A la salida de una jugada de riesgo para Francia, Zidane salió del área italiana y regresó a

su puesto cerca del mediocampo. Cuando pasó por al lado de Materazzi, el italiano lo insultó. Las versiones son variadas, aunque nunca quedó claro qué fue lo que le dijo. Lo cierto es que *Zizou* volvió sobre sus pasos, y sin intermediar palabras, le aplicó al defensor un terrible cabezazo en el medio del pecho, que lo tumbó.

Advertido por el cuarto árbitro, el español Luis Medina Cantalejo, el juez Horacio Elizondo tomó la única decisión posible: expulsar al 10 francés.

Pocos podían creer lo que había pasado en el estadio olímpico de Berlín, al punto que todavía hoy resulta extraño ver como última imagen de futbolista profesional a Zidane yéndose a las duchas, y pasando junto a la Copa del Mundo, que unos 20 minutos después alzaría Italia, después de ganar 5 a 3 por penales.

Curiosamente, el impresionante cabezazo que Zidane le aplicó a Materazzi fue inmortalizado unos años después en una estatua impactante de cinco metros de altura, que realizó el artista argelino-francés Adel Abdessemed, y que se expuso durante unos días de 2012 frente al museo de arte moderno Centre Pompidou de París.

Según el autor, la imagen es una “oda a la derrota”.

49

Palermo inmortal

El hombre está parado en el lugar justo y en el momento indicado. Como una, trescientas, mil veces

en su carrera de película. Como si supiera que la pelota pateada por Lionel Messi, fuerte pero al medio del arco, terminará siendo rechazada por el arquero griego Alexandros Tzorvas y viajará como imantada, a su botín diestro. Porque convengamos que podía terminar en el arco, o bien irse para la izquierda, y de nuevo para adelante. O al corner. Pero no, fue derecho a donde estaba él, que si bien es zurdo, no todo le resultó tan fácil, ni tan sencillo, ni tan “de manual” en su vida. Pero siempre supo superar los obstáculos.

En poco más de 10 minutos en cancha, la labor de Martín Palermo se resume en cuatro pelotas tocadas, dos remates al arco y un gol. El gol que fue a buscar a Sudáfrica y encontró en el Estadio Peter Mokaba de la ciudad de Polokwane, en una fría noche del 22 de junio de 2010. Casualidad o no, exactos 24 años después del golazo de Maradona a los ingleses (y de la Mano de Dios).

Ahora Diego está sentado en el banco de suplentes. Sentado es un decir, porque ni la solemnidad del traje gris que tiene le impide moverse de acá para allá. Y menos ahora, que no sabe con quién abrazarse ante el gol del 9. O del 18, que es lo mismo. Lo siente como un acierto personal el ingreso del máximo anotador histórico de Boca. Esta vez, no se tiró de palomita para resbalar por el césped con su pecho y su abdomen – como hizo contra Perú por las eliminatorias sudamericanas una noche lluviosa en el estadio de River Plate en 2009– pero ganas no le faltan.

El *Titán* suma en ese breve lapso la misma cantidad de festejos que Lionel Messi, que pareciera em-

brujado porque la bola no entra cuando patea. Y como no podía ser de otra manera, Martín, también, se mete en la historia grande de los mundiales: a los 36 años y 277 días es el debutante con más edad en marcar un gol en una Copa.

Pese a que ya es “un hombre mayor” para las leyes del fútbol, Palermo se ríe como un nene de 10 años. La alegría trasciende a su rostro. La sonrisa es más grande que su boca. Sus brazos intentan abrazar a todos los espectadores a la vez. Y sus ojos celestes brillan más que los reflectores del estadio. Todo eso antes de que una avalancha de hombres vestidos de azul se le tire encima y se convierta en la piedra fundamental de una efímera pirámide humana.

Como si lo hubieran sabido todo de antemano, sus padres, su hermano y su novia están allí también. Y se ríen, se abrazan y lloran de emoción. Martín lo hizo de nuevo. Escribió un nuevo capítulo en su carrera de película.

La frase “Hacer un gol en un Mundial” también se tacha de una lista de objetivos que parece inverosímil. Como “Patear un penal con las dos piernas a la vez” (ante Platense, en 1999); “Patear tres penales en una noche (y errarlos todos)” (ante Colombia, en la Copa América ‘99); “Hacer un gol con los ligamentos cruzados rotos” (el 100 de su carrera, ante Colón, también en el ‘99); “Hacer un gol, festejarlo con la gente y que el derrumbe de una tribuna provoque la doble fractura de tibia y peroné del jugador” (Para Villarreal, en 2001); “Hacer un gol de media cancha” (ante Independiente,

en 2007); “Hacer un gol de cabeza desde 35 metros” (ante Vélez, en 2009); “Hacer para la selección argentina el gol más importante de las Eliminatorias” (Ante Perú, en 2009), y tantos más.

Estadísticamente, el gol de Martín a Grecia apenas sirvió para sellar un partido que ya estaba liquidado. Uno a cero, dos a cero, realmente era lo mismo. No cambiaba ni la posición en la tabla de posiciones del Grupo B ni el nombre del próximo rival

Pero para el protagonista en cuestión, para el 18 de los azules, resultó ser un sueño hecho realidad. La coronación de una carrera notable e indiscutible de un goleador de raza. Martín Palermo, esa noche, en Polokwane, fue campeón del mundo.

Y por eso, no resulta extraño saber que cuando el delantero ingresó al vestuario, todos sus compañeros lo recibieron con aplausos, gritos y una ovación con marca registrada. Como a un prócer....

“Paleeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeermoo, Paleeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeermoo”

50

¡Que viva España!

No resulta frecuente en la historia de los mundiales que un seleccionado que arriba como gran favorito a levantar la Copa finalmente lo logre. Sin embargo, España se hizo cargo de su chapa de candidato y se

coronó por primera vez en Sudáfrica. Allá vamos pues, en nuestro viaje imaginario, rumbo a Johannesburgo, al 11 de julio de 2010.

Bienvenidos damas y caballeros. Es una fría noche en el imponente Soccer City. Las 84.490 localidades están completamente agotadas. El clima es espectacular.

De un lado está España, la gran favorita, la que llega a este día con la enorme responsabilidad de dejar atrás años y años de frustraciones. Del otro, Holanda, que sueña con que su tercera final sea la vencida, para honrar a los subcampeones del '74 y del '78.

El árbitro del partido es el inglés Howard Webb, que en pocos días cumplirá 29 años y espera celebrarlo anticipadamente con una actuación a la altura de las circunstancias.

¿Tendrá otra vez razón el pulpo Paul? Hasta aquí, el molusco acertó las siete predicciones anteriores, y para hoy se jugó por España. Veremos qué pasa.

Y movió Holanda señores. A las 20.30 puntuales la final del Mundial 2010 es una realidad.

El partido comienza con todo ritmo, aunque ambos toman recaudos y se estudian en los primeros minutos.

El tiempo pasa y el resultado no se mueve. España parece estar más cerca y más centrado en el juego, mientras que Holanda no se parece en nada al equipazo que superó con claridad a Brasil en los cuartos de final por 3 a 1, y a Uruguay en las semis por 3 a 2. Hoy, los de naranja salieron a ganar de guapos, y pegan por todos lados. A los 27 minutos, ya están

amonestados Mark Van Bommel y Nigel De Jong (este último por un planchazo al pecho contra Sergio Ramos digno de tarjeta roja).

Después de aisladas jugadas de riesgo, la primera situación clara es para Holanda. Arjen Robben pica en velocidad, se cuela entre los defensores y queda mano a mano con Iker Casillas. Pero el arquero de Real Madrid gana el duelo: el remate del delantero pega en el cuerpo del 1 y se va apenas desviada sobre el palo derecho. El crack de Bayern Munich no lo puede creer y se toma la cabeza, mientras los españoles abrazan a Iker. El partido, increíblemente, sigue 0 a 0.

España se va al ataque y los minutos finales se convierten en emocionantes. La velocidad de Robben es tan sorprendente, que en otra pelota profunda, y a apenas 9 minutos del final, le gana la carrera a dos rivales y queda otra vez mano a mano con Casillas. Esta vez, el delantero intenta eludir a Iker, quien le advierte la intención y se queda con el balón.

El 0 a 0 termina siendo un resultado injusto para el desarrollo, pero vale para la intensidad de ambos. Una vez que el árbitro pita el final, la emoción se estira 30 minutos más.

El cansancio ya entra en acción. Y las indicaciones de los entrenadores Vicente Del Bosque y de Bert Van Marwijk ya pasan por detalles específicos enfocados en la concentración. Ahora, cualquier desatención se paga con el título del mundo. Nada menos.

El orden y el dominio de balón español choca contra la sorprendente rapidez y potencia de Robben,

que no se cansa de correr y sigue desbordando como en los primeros minutos.

A los cinco minutos del primer tiempo suplementario, Andrés Iniesta le mete un pase perfecto a Cesc Fabregas, que queda mano a mano con el arquero Maarten Stekelenburg, pero el 10 se apura en la definición y gana el 1. Enseguida, un corner de Robben le deja en servida la pelota a Joris Mathijsen, que cabecea apenas alto. El partido es electrizante. Lejos de pensar en los penales, ambos quieren ganar y se nota.

Y después lo tiene Iniesta. Y luego Jesús Navas. Pero el tablero sigue 0 a 0...

Pese a la violencia que exhibió Holanda, sobre todo en los primeros 45 minutos, recién a los 3' de los últimos 15 minutos del alargue se queda con 10 hombres por la expulsión de John Heitinga.

Cuando quedan menos de cinco minutos, España recupera la pelota en su área, abre juego por su derecha con Navas, que elude a un rival y se escapa hasta tres cuartos de cancha, donde se la pasa a Iniesta. Andrés, de taco se la deja a Fabregas, que vuelve a jugar con Navas, ya casi en la medialuna del área rival.

Sobre la izquierda, Fernando Torres recibe la pelota, la acomoda y observa el panorama. El Niño, que ya vio como Iniesta se está colando entre los defensores naranjas (donde debía estar Heitinga), le da al balón la fuerza y la comba justas para que llegue al destino exacto: el botín derecho de su compañero. Pero la altura no es la adecuada y se produce un leve rechazo. Cesc Fabregas, parado en la medialuna, reacomodo-

da todo y, con un pase exacto, lo deja a Iniesta mano a mano con Stekelenburg.

Cuando el reloj marca que ya se jugaron 116 minutos y que quedan apenas cuatro para el final del partido, Andrés Iniesta se acomoda y saca el latigazo con su pierna derecha. En el remate agarra la Jabulani de lleno, a media altura, y no hay nada ni nadie que detenga el viaje de la pelota a la red, aún cuando Stekelenburg la roce. Es el gol de España. El que pone fin a décadas de frustraciones mundialistas. El que ratifica a nivel global la enorme hegemonía de Barcelona y Real Madrid. El que sirve para que Iniesta, desde la camiseta blanca que exhibe al mundo entero, le dedique su gol a Dani Jarque, compañero generacional del plantel, que falleció repentinamente un año antes, a los 26 años.

Sólo el amor propio de Holanda hace que los minutos finales todavía sean una incógnita. Porque Robben no se cansa nunca, y porque el resto de sus compañeros intentan de cualquier forma acercarse al arco de Casillas, que ya bajó la persiana.

Webb finalmente pita el final y toda España celebra.

Finalmente, la Roja consigue alzar la Copa por primera vez, en la fría e inolvidable noche sudafricana.

Índice

Prólogo	7
1 - El origen de todo	9
2 - El primero	11
3 - Ganar o morir	13
4 - La peor decisión de la historia	15
5 - El vuelo de la muerte	16
6 - El gran golpe	18
7 - El Maracanazo	20
8- Campeón sin corona I	24
9 - El Rey	26
10 - El desastre de Suecia	27
11 - A las patadas	30
12 - La vendetta	32
13 - Animals!	33
14 - La Pantera Negra de Mozambique	36
15 - El gol fantasma	37
16 - Yo, mascota	38
17 - Los dos no goles más famosos de la historia	40
18 - El partido del siglo	42
19 - El mejor equipo de todos los tiempos	43
20 - La copa se mira, se toca (se esconde, se roba y se funde)	45
21 - El peor equipo de la historia	47
22 - El partido único	49
23 - Campeón sin corona II	52

24 - Francia de Mar del Plata	54
25 - Argentina 6 - Perú 0: goles y sospechas	58
26 - Campeones y en casa	60
27 - El show del jeque	63
28 - El arreglo	65
29 - Objetivo: Maradona	67
30 - Finalistas por “méritos” ajenos	68
31 - Un canto al fútbol	72
32 - Barrilete cósmico	74
33 - Héroes	77
34 - Los leones indomables	80
35 - Branco y el bidón	82
36 - El héroe imprevisto	85
37 - El Kaiser	88
38 - Morir por un gol (en contra)	89
39 - Pesadilla	92
40 - Gloryland (Tierra de Gloria)	94
41 - El gol de Oro	96
42 - De villano a héroe	98
43 - El final menos pensado para un gran equipo	100
44 - Los chicos se hacen grandes	102
45 - El Fenómeno	104
46 - Golazo de Cambiasso	108
47 - Messi, al banco	109
48 - Zidanes en el ring	111
49 - Palermo inmortal	113
50 - ¡Que viva España!	116

Bibliografía

Libros:

Yo soy El Diego (Planeta, 2000)

El Fútbol a Sol y Sombra (Catálogos, 2005)

Titán del Gol y de la vida (Planeta, 2011)

Historias Insólitas de los Mundiales de Fútbol (Planeta, 2014)

Así Jugamos (Planeta, 2014)

Sitios Web:

www.fifaworldcup.com

www.espn.com

www.elpais.com

www.marca.com

www.wikipedia.com

www.damepelota.com.ar

www.todoslosmundiales.com.ar

www.lanacion.com.ar

www.clarin.com

www.ole.com.ar

www.pagina12.com.ar/

Revistas:

El Gráfico

Goles

Súper Fútbol

Archivo TEA y Deportea

Archivo personal del autor